

Cuatro habitaciones de Mariana

ARELÍ CHAVIRA





Cuatro habitaciones de Mariana

ARELÍ CHAVIRA





María Angélica Granados Trespalacios

Presidenta Municipal

Rebeca Alejandra Enríquez Gutiérrez

Directora del Instituto de Cultura del Municipio

Flor de María Navarro Pastrana

Gustavo Macedo Pérez

José Iván Cruz Estrada

Arturo Loera Acosta

Victoria María Montemayor Galicia

Luis Fernando Rangel

Víctor Velo

Vocales editorialistas

Ramón Alejandro Carrillo Mercado

Programa Editorial

f / CreaturaEstudio

Diseño y maquetación

Tzeitel Velo

Corrección de estilo

Martín Chávez Bejarano

Arte de portada

D.R. Instituto de Cultura del Municipio
Coordinación de Fomento a la Lectura y
Programa Editorial Municipal
Av. Teófilo Borunda Norte # 1617
Chihuahua, Chih. C.P. 31000



PRIMERA EDICIÓN

AÑO 2020-2021



La promoción de la lectura es un reto para el funcionariado público de todos los niveles, por eso, cuando logramos establecer estrategias para eliminar poco a poco las barreras entre el público y los materiales de lectura, lo consideramos motivo de celebración.

Durante esta administración municipal concretamos un proyecto sin antecedentes en el estado: la digitalización de todos los libros publicados bajo el Programa Editorial Chihuahua, en sus ediciones de 2018, 2019 y la del 2020, que estamos poniendo a disposición de la ciudadanía en general. Nuestro objetivo es ampliar el alcance de nuestras colecciones y distribuir los libros físicos en las áreas y con las personas que así lo requieran, a la par que se pueden descargar en la página web del Programa Editorial.

El democratizar el acceso a las publicaciones editadas por las instituciones debe ser una prioridad, no sólo por la promoción misma de la lectura, sino porque cada uno de los libros que se encuentran en nuestras tres colecciones (Soltar las Amarras, Con Trayecto e Historias de mi Ciudad) son un testimonio de la creación literaria que se está generando en el municipio, donde se vislumbran voces originales, críticas, con gran capacidad de análisis y de ser universales expresándose desde un contexto local.

Nos enorgullecemos de ser un espacio de difusión del trabajo creativo de escritoras y escritores tan talentosos. Enhorabuena por ello y sigamos celebrando la vida del libro.

PREFACIO

Cuando era niña siempre estuve rodeada de libros, así que pronto me inicié en el oficio de lectora; no tenía mucha conciencia de lo que eso significaba, pero poco a poco me fui dando cuenta que esos relatos ajenos tenían partes de mi vida y de mis pensamientos. Lo mismo me sucedió con la música. Como mi madre es maestra de piano, en casa siempre hubo un caudal enorme de canciones y piezas de todo tipo, desde la culta hasta la popular. Recuerdo que en sus letras y acordes descubría e imaginaba personajes, leyendas, lugares de fantasía; a veces hasta sentía que era yo alguna de las heroínas de lo que se relataba o la novia de los cantantes.

Más allá del disfrute de toda esa ilusión, siempre he sido una mujer con los pies en la tierra: ni tan romántica ni tan disparada como indicaría mi práctica de la imaginación. Por el contrario, mi amor por la literatura ha sido más o menos equilibrado, lo supe cuando estaba en los últimos semestres de Letras Españolas; me había convertido en una lectora de profesión. Por fortuna, el asombro, el gozo de leer permanecieron intactos, mi capacidad de fabulación se fortalecía y la idea de lo que eran para mí los libros y las canciones se aclaró.

Al ofrecer a los lectores estas narraciones quisiera transmitir, sobre todo, esa alegría del acto de leer como yo la encontré en aquellas historias de palabras bien estructuradas, donde nacen voces, personajes, lugares, sensaciones.

La protagonista de los relatos que aquí se cuentan recorre los círculos en los que se desenvuelven las mujeres de nuestro tiempo y se revelan secretos con los cuales ustedes pudieran identificarse. Mi única intención es ofrecer páginas entretenidas, sin pretensión de aleccionar a nadie. Solo buscar el acto sencillo de una buena conversación.

Areli Chavira

ÍNDICE

DEL TEMOR	13
LA VENTANA DE LOS 30	14
LA QUE VIVE DENTRO DE MÍ.....	16
EL CUARTO DE LOS TREBEJOS	17
ESTAMPA DE UNA MUJER QUE LEE UNA CARTA.....	19
DEL AMOR Y OTROS DESCALABROS	23
LO QUE NOS UNE.....	24
PRINCIPIO DEL FIN	27
ARTURO DE CÓRDOVA.....	30
KARMA.....	34
LUCES ENCENDIDAS.....	42
PALOMITAS DE MAÍZ QUE HACEN ¡POF!.....	43
AMULETOS PODEROSOS CONTRA EL TEMOR	48

DE LOS SUEÑOS Y PROYECCIONES 51

INQUILINOS 52

MAÑANA CON LA LUZ DEL SOL 55

UN GRAN ESTRUENDO RUGE AGORERO 58

LAS NOCHES JAMÁS VOLVERÁN A SER IGUALES 62

LA TRANQUILIDAD DE DOÑA MARIANA 65

LA MUERTE A VECES SE EQUIVOCA 70

LA PRISIÓN DE MI CASA 75

DE LAS REVELACIONES 76

MIGRAÑA 77

UN OBJETO DE CARIDAD 80

DENTRO DE MI CABEZA 84

REMITENTE 89

SINDULFA 92

*A Jesús Chávez Marín,
socio y maestro-gurú.*

DEL TEMOR

LA VENTANA DE LOS 30

Cuando cumplió los treinta, Mariana amaneció con la certeza de que por fin era dueña de su mirada, y que contemplaba desde todos los ángulos el mundo en pasado y en presente.

Recordó cuando sus ojos observaban a través de las ventanas veladas de papá y mamá; desde ahí percibió su entorno durante muchos años, aunque su actitud de hija única lograba, en ocasiones, alcanzar un registro más extenso.

Al salir de la adolescencia contempló el mundo a través de los fríos y empañados cristales de su pareja, pero de cualquier forma vivía feliz.

Pero un desasegado día, él le dijo:

—Estoy confundido, no sé qué quiero mirar, necesito tiempo.

Y se marchó. Ojos que lo vieron ir, no lo vieron regresar.

Mariana quedó ciega, sumergida en agua de mar su vida entera. ¿Qué sería de ella?

Los consejos paternos, prejuiciosos y miopes, lejos de ayudar, favorecían la inundación.

—No existe en el universo nada que me haga apreciar la vida como lo hacía él. Quiero que regresen sus ojos que eran los míos —pensaba.

Cuando se ha vivido bajo la mirada ajena no existe luz propia, solo esa densa tempestad.

Las palabras no alivian. Lluven los ojos, oscurece el mundo.

Pero un día llegó la seguridad de que todo estaría bien y, por primera vez, la confianza en su mirada.

Eso causa vértigo, tropiezos, pero se ha de aprender, las viejas imágenes ya no sirven.

Y así, como son todas las mujeres que se vuelven sobre sí mismas, Mariana, ahora, es una chica dueña de sus ojos y contempla azorada y feliz el mundo que la rodea.

LA QUE VIVE DENTRO DE MÍ

Me siento alegre y temerosa; al mismo tiempo estancada. Tengo un trabajo que me permite vivir medianamente pero que no me enciende el corazón. Hace algún tiempo que nada me ilumina.

Soy feliz cuando escribo poemas o pinto en mis lienzos, pero pienso que no son buenos. Me gusta cantar y me escucho destemplada. Ayudo a mis pacientes a curar sus almas, pero en cada sesión pongo en duda mi capacidad profesional.

En mi corazón existen deseos de hacer cosas, muchas, maravillosas, extravagantes, sencillas. Dentro de mí vive otra, aquella que quisiera ser y que no me atrevo. Tengo miedo de fracasar, decepcionarme de mí.

Este día estoy a punto de presentar mis cuadros en una exposición, lo cual me enorgullece y al mismo tiempo me llena de desasosiego e inseguridad. Por momentos me siento valiente y decidida, pero luego la angustia regresa.

Tengo buenos amigos, soy afortunada por eso; no obstante, son el espejo donde se refleja lo que quiero ser y no puedo.

Habitada por el pasado y perseguida del futuro, Mariana cierra los ojos y busca su presente lejos, allá, donde los sueños conviertan su otra vida en realidad.

EL CUARTO DE LOS TREBEJOS

Hoy, uno de junio, cuento 84 días de encierro en los cuales no he tenido cerca a mi familia, ni a mis estudiantes, mis compañeros de trabajo, mis amigos; solo a las personas que, al igual que yo, tienen que salir a comprar alimentos (y que de ningún modo quisieran tener cercanía conmigo).

Si bien a últimas fechas me he convertido en una persona solitaria, siempre me acompaña la certeza de verlos al día siguiente o de un momento a otro; no obstante, ahora hay una pausa, que, aunque tiene fecha de caducidad, es incierta y está propiciando un reconocimiento individual y del otro.

He leído un poco, la música siempre me acompaña; ¿escribir?, brilla por su ausencia, solo estas líneas que expresan cómo me siento; he sostenido largas conversaciones con mi gato cuando está de humor (ya no sabe qué hacer conmigo). La novedad aquí, lo creas o no, es que me he amigado, aunque fuera por obligación, con la cocina; sin embargo, no quiere decir que dejaré de ser prófuga del metate.

Las mañanas me gustaban porque veía, por lo menos virtualmente, a mis alumnos, pero ahora las vacaciones llegaron y este aislamiento me ha puesto en cautiverio con mis fantasmas, que han comenzado a hacer su trabajo y me está costando atravesar las arenas movedizas del confinamiento en soledad. Hay momentos, cuando ellos se van, en que estoy en la superficie; y otros en los que se posan sobre mis hombros y me hunden en las oscuras ganas de hacer nada. Quizá la mayoría piense que siempre hay cosas entretenidas que hacer,

y probablemente tengan razón, en el fondo de mi empantanado espíritu vislumbro una chispa que brilla, pero no me enciende.

Desde hace días me ha dolido el cuerpo: los ojos, los brazos, las rodillas y tobillos se quejan de ausencias; extrañan el roce, las miradas, los lugares, las vivencias, y también me echan de menos. Esta mañana he amanecido con hormigas bajo la piel; me dio miedo, necesito sacarme de ahí, acercarme al fuego.

Con furor, he decidido limpiarlo todo, comenzando por el cuarto de trebejos, que originalmente era la biblioteca, el lugar para crear y soñar: abrir las gruesas cortinas polvintas y viejas que no dejan pasar la luz; quitar telarañas; deshacerme de los libros que nunca leí y de ese diario que ya no añoro (*¿quién he sido?*), de las fotografías que se han quedado sin alma, del horrendo papel tapiz que no sé cómo pudo gustarme, (*¿qué es lo que quiero?*), de este viejo reloj que atrasa la hora —regalo de alguien que ya no existe—, de esta llave que se ha quedado sin cerradura, de esta lámpara rota. Lo que no sirve, lo que ya fue; dejar morir lo que deba morir y dejar vivir lo que debe vivir (*¿quién quiero ser?*). Quemarlo todo en una gran hoguera.

El cuarto de los trebejos ya no existe (por ahora), tampoco la biblioteca y los fantasmas, sin objetos donde jugar a las escondidillas, se han ido en busca de casas más entretenidas; procuraré que no vuelvan. El confinamiento sigue, solo que ahora tengo una habitación que decorar.

ESTAMPA DE UNA MUJER QUE LEE UNA CARTA

Monterrey, N.L., a 11 de enero de 2015

Mariana, mi Mariana:

No estoy dispuesto, mi amor, a que me des la despedida, al contrario. Dejaríamos de sentirnos tan solos si decidiéramos por nosotros mismos nuestro bien. Te respondo tu carta muy a mi manera.

No deberías sentirte tan poca cosa ante los más mínimos problemas. ¡Mírate bien!, si no luchas, si no te das una respuesta definitiva, ¿qué puede llegar a ti?, ¡dímelo!

Quiero seguir contigo. No permitas que el miedo te acorrale como a los animalitos salvajes; no te llenes de temores, prejuicios y falsas creencias. Debes estar dispuesta a sacrificar algo, ¡no sigas cómoda en tus recuerdos! Nuestro mayor miedo es que descubramos que somos dignos.

Mira, no es la razón la que me impulsa a decirte estas cosas, sino mi amor por ti, que me hace escribir con la adrenalina hasta el cuello. Tenemos miedo de darnos cuenta de que somos unos ignorantes, débiles, perezosos.

Sé que podemos ser mejores si luchamos por rescatar nuestro amor propio, nuestra libertad y enfrentamos los miedos que no nos dejan ser.

Recuerda esto: la muerte le teme a quien la desafía. Un hombre, una mujer, son capaces de entregar plenamente sus facultades a la vida para dar respuestas a sí mismos y quizás a los demás, ¿y sabes algo?, no solo le teme, sino que además le admira. Al mediocre lo aborrece.

La muerte sin la vida no existe. Si deseo vivir más y más, ella me respetará porque estoy luchando por algo y contra algo. Seré un digno contrincante. ¿Te la imaginas satisfecha porque ha de llevarse a todos los seres que quieren morir? Entonces, ¿qué papel jugaría ella?, ¡ninguno!

Apóyate en el amor que sentimos el uno por el otro, úsalo y acepta el reto de ti misma, no estoy dispuesto a acompañarte a morir por carta y en los recuerdos tuyos de ese pasado que te atormenta. Quiero que estemos cerca el uno del otro y crear otros nuevos. Espero que al recibir estas líneas tomes las decisiones convenientes.

¡Caramba, no creas que en la vida todo viene por sí solo! Es necesario darnos cuenta de que estamos ahí, en medio de todo. Tener conciencia de que tú y yo somos el mismo, aunque estemos distantes. La pérdida más grande no es la muerte que arrebató compañeros, es no confiar en alguien nada más porque no cree en sí mismo.

Quisiera que te dieras cuenta de que estás naciendo en cada día. ¿Hasta cuándo vas a tenerte compasión?, ¿hasta qué punto puedes pensar que las lágrimas te devolverán a quien se fue, y que seguramente está aprovechando oportunidades en su vida y no sabe siquiera del dolor tuyo?

Mi Mariana, estas palabras no son de enojo, mucho menos de reproche, sino para que abras los ojos, esos ojos grandes y oscuros que me impresionaron desde el primer día que los vi.

Por ahora me despido con un abrazo hasta marearte toda tú y un beso que te encienda el amor por ti misma. Y por mí.

Desde mi corazón te escribo.

Adrián.

DEL AMOR Y OTROS DESCALABROS

LO QUE NOS UNE

Camilo tiene dos amores que le dan y le quitan la vida: uno es su cello, al cual acaricia apasionadamente hasta arrancarle los más bellos y melodiosos suspiros; el otro es Mariana, a quien ama en silencio desde hace casi un año.

A pesar de ser una figura pública, Camilo es muy tímido, no se anima a invitarla a salir, a lo más que ha llegado es a enviarle una solicitud de amistad para formar parte de sus amigos de Facebook. «Gran cosa», piensa él.

Un día después de un concierto, y ya con unas copas encima, por fin se decidió a hablarle. Sacó su celular, abrió su Messenger y escribió: «Mariana, ¿cómo has estado?», luego esperó nervioso un momento para ver si la chica respondía: «Hola Camilo, ¿bien y tú? ¡Qué milagro!». Al leer aquellas palabras, se puso feliz, tenía tanto de no experimentar esas mariposas en el estómago que no vinieran de tener hambre o de los instantes previos de salir a escena. Dudó unos segundos: *¿Qué le escribo?* —pensó— *No la vayas a regar, anda, dile que la invitas al cine y después a cenar.* «¿Mañana a las 6:00 pm?», «Claro, ahí nos vemos».

Camilo no podía creerlo, tenía una cita con Mariana, la mujer más linda que él hubiera visto jamás. Sin embargo, un escalofrío recorrió su espalda: ¿de qué hablaría con ella?, ¿cómo se vestiría?, Dios santo, la tendría frente a él, ¿qué había hecho?, ¿y si mejor cancelara?, ¿cómo se le pudo ocurrir? *Cálmate, cálmate por favor* — se dijo —, *si ella no quisiera verte, te hubiera dicho que no, solo fluye con la conversación, déjate llevar igual que lo haces cuando tocas el cello.*

Ahí estaba nuestro músico, quince minutos antes en el lugar del encuentro, pensando y repasando miles de frases, poses, actitudes y temas de conversación que al segundo de verla entrar y dirigirse hacia él se borraron de su cabeza. Y cómo no, hasta el más experimentado galán quedaría hipnotizado por el vaivén de esas caderas y la profundidad de esos ojos negros.

—Hola, Camilo, me da gusto verte. —La cercanía de su cuerpo, el roce de sus labios en la mejilla, el aroma a sándalo de su perfume.

—A mí también me da gusto verte, no sabes cuánto.

Al salir del cine, Camilo toma su celular para llamar al taxi que los llevará al café y se da cuenta de que tiene cuatro llamadas perdidas de su madre.

—Permíteme un momento.

Ella, mientras, revisa la cartelera que muestra los próximos estrenos, pero no puede evitar escuchar la conversación telefónica: «Sí, mamá... No, mamá, ando en el cine... ¡Sí, mamá!... ¡Que sí, mamá! ¡Que sí me bañé!».

Mariana, abre de par en par sus ojos oscuros y se lleva las manos a la boca para cubrir la sonrisa que se asoma.

—Perdón, ya sabes, las mamás, siempre... —La chica no puede contenerse más y estalla en risas. Camilo, completamente sonrojado dice:

—Como siempre, creo que lo he arruinado todo, quién querría salir con un hombre al cual su madre le... —Mariana lo interrumpe

con un beso largo y profundo, después lo mira a los ojos y le confiesa con picardía:

—Yo tampoco me bañé.

Más enamorados que nunca y en secreta complicidad, deciden caminar las calles de la ciudad.

PRINCIPIO DEL FIN

—¿Qué te sucede, Mariana? ¿Por qué esos ojos de borreguito?

—Ay, Ofelia, es que Esteban Medina, ¿lo recuerdas?, con el que estoy trabajando, me encargó escribir un texto, pero no me puedo concentrar y ya casi es la fecha acordada. ¡Me presiona mucho!

—¿Y eso por qué?

—Pues es que dice que la fecha de cierre en la revista no se puede estirar.

—No, Mariana, a lo que me refiero es por qué no te puedes concentrar.

—Es que... creo que me acabo de enamorar. Es un poeta que no conozco; ya sabes, ellos son peligrosos, te roban el corazón sin ponerte un dedo encima.

—Ay, claro que no, eso no pasa. Te habrás enamorado de su poesía, pero no de él.

—Pues es casi lo mismo.

—Por supuesto que no.

—Ofe, sea como sea, ¿nunca has sentido la deliciosa y dulce nostalgia que se sufre? El corazón despierta y vuelve a estrujarse, tu mirada se dulcifica, los juicios desaparecen y se te llena el alma de

alegría. Es como volver a ser niña.

—Uff, definitivamente creo que si ya estábamos a punto de perderte, ahora ya no tienes remedio. Pero a ver, ¿quién es el mentado poeta? ¿Cómo sabes de él, si dices que no lo conoces y, sobre todo, por qué afirmas que te has enamorado?

—¿Te acuerdas que comentábamos hace días esa obra de teatro donde la chica finge su suicidio y que su amiga tenía «novios» por internet?

—Sí, no me gustó para nada.

—Bueno, pero dijimos que ahora parece el nuevo modo de relacionarse, de enamorarse; y no nada más de los jóvenes, también de otros que ya no lo somos tanto.

—Será porque casi nadie quiere comprometerse; les da miedo, supongo.

—Esto no es nuevo, ¿qué me dices de los noviazgos por correspondencia de antes, que se conocían hasta el día de la boda? Y era de lo más normal. Por lo menos ahora se conocen desde el primer día en pantalla. Y pues así me pasó; aunque no lo he visto más que en foto y en video, claro que lo descubro en su poesía.

—Mijita, cuando se es escritor todo se puede decir de manera hermosa y sublime: ahí está la trampa. Capaz de que resulta un misógino de lo peor y tú aquí con corazoncitos en los ojos, ya pareces emoticón.

—Búrlate de mí, pero no veo qué tiene de malo.

—¿Y si todo es fraude? ¿Si resulta un impostor, o algo peor?

—Todos fingimos, todos en un momento u otro somos fraudes. ¿Por qué no disfrutar de esto que te mueve y emociona?

—Si no fuera porque te conozco, diría que es un escape. Que andas un poquito chiflada.

—Qué importa, estos sentimientos que nos provoca el amor son para eso, para salvarnos, solo que no sabemos el rumbo exacto que tomará.

—Digamos que le damos el beneficio de la duda, ¿qué piensas hacer?

—Ir a verlo.

—¿Y por qué no viene él?

—Porque ya me decidí y le dije que voy.

—Okey, vas, lo ves, ¿y luego?

—No te lo puedo decir hasta tenerlo en frente, pero de lo que estoy segura es que a mi regreso nada será lo mismo.

—¡Ay, Dios!

—Pues sí, pero ni modo. Ahora es allá donde busca mi corazón.

ARTURO DE CÓRDOVA

Mariana recibió en su celular una invitación de amistad. Con curiosidad decidió investigar:

Arturo de Córdoba, uy sí, como el actor del cine de oro mexicano. Y tenemos muchos amigos en común... Mmm, ¿por qué no lo conozco? No está mal.

Lo pensó por unos segundos y aceptó. De inmediato sonó el timbre que anunciaba la llegada de un inbox: «Hola, buenas tardes, ¿cómo estás?» *Ups, cuánta expresividad y tan original.*

Mariana dudó un momento y respondió con la misma retórica descolorida: «Hola, buenas tardes, bien, ¿y tú?». «Bien, gracias», tecleó el supuesto Arturo de Córdoba, en el mismo tono, tanteando el terreno.

«¿Te conozco?» preguntó ya un poco fastidiada. «Nos hemos visto un par de veces en algunas reuniones, Osvaldo nos presentó en alguna de ellas».

«Uy, lo siento, no recuerdo eso. No lo tomes a mal, soy una persona despistada». Y entonces él aprovechó para decir su frase de oro: «No te preocupes, es normal que una mujer como tú no se fije en un hombre tan gris como yo. No tiene la menor importancia». Y, como efecto final, abandonó la conversación.

«¿Cómo dices?», escribió desconcertada. «¿Hola?, ¿estás ahí?».

—Qué tipo tan más raro —dijo la chica en voz alta, porque así

habla sola de vez en cuando.

Continuó con su ritmo de vida cotidiano, días de mucho trabajo. Para colmo, un lunes olvidó en su casa el cargador de su teléfono y se quedó incomunicada por algunas horas. En la noche, después de una relajante ducha y ya en la comodidad de su habitación, se dispuso a revisar correos y mensajes.

«¿Qué tal si nos quedamos con la culpa en lugar de con las ganas?», decía el texto en el buzón. Sorprendida, por unos minutos no supo qué hacer. Entró al muro del susodicho y se puso a observar detenidamente: de Chihuahua, vive en esa ciudad, casado con Abril Pineda...

—Ah, con razón... condenado.

«Todo depende del tamaño de la culpa», respondió ella. Y al instante volvió a brillar el oro balín de la frase famosa: «Nada con lo que no se pueda lidiar. No tiene la menor importancia», escribió el galán.

Como buen culebrón del cine de oro mexicano, durante semanas vivieron un romance tórrido y prohibido; los besos y las caricias se prodigaban en abundancia y exclusivamente online. Su rostro se tornaba rojo cada vez que leía los atrevidos y salvajes recaditos de su actor: «El bing bang de tu universo...».

En pocas semanas él ya le había insinuado sublimar su pasión en una habitación de hotel, eso sí, de cinco estrellas, a la altura de él y de su musa. Sin embargo, cada vez que Mariana sugería

concretar una fecha, él quedaba deseoso y muy seguro, pero a último momento cancelaba la cita. Muy apenado argumentaba, como buen Arturo de Córdova, que le era imposible escaparse, que sus múltiples ocupaciones se lo impedían. «No tiene la menor importancia, te lo recompensaré con creces».

Hasta que un día decidió que era hora; fue y lo buscó a su trabajo. Trataba de disimular la sonrisa, aún no conseguía lo que desde el inicio de este ciberromance se había propuesto. Se divertiría de lo lindo. Llegó a su destino, sacó su celular y envió un texto: «Amorcito mío, aquí estoy, pasaba cerca y no pude resistir venir a verte. Solo quiero saludarte y regocijar mis ojitos contigo, estoy en el lobby».

«No te muevas de ahí, enseguida bajo». Apenas leyó el mensaje, Mariana sintió mariposas en el estómago; respiraba un tanto agitada, no podía esperar más la escena que vendría. Las puertas del elevador se abrieron y lo vio salir del cubo; no había duda: era todo un Arturo de Córdova, aunque fuera de oficina.

—Amorcita mía, ¿qué haces aquí? —le preguntó intentando esconder su nerviosismo. Mariana, fingiendo pena, hizo un mohín de tristeza y casi susurrando le dijo:

—Disculpa si te molesto.

—No tiene la menor importancia, me agrada que hayas venido a verme, pero...

—Es que ya no podía más —lo interrumpió, y haciendo gala de lo aprendido en todas las películas de Pedro Infante y del verdadero

Arturo de Córdova que pasan a cada rato en la tele, musitó con la más profunda sinceridad—: desde que me enviaste el primer mensaje encendiste la llama de mi pasión. No me importa nada, quiero todo contigo, aquí me tienes, haz de mí lo que quieras.

—Pero Ma, Ma, Mariana —tartamudeó el hombre—, recuerda que mi situación... cómo quieres que...

Ella, echándose a sus brazos, dando muestra de una actuación magistral, con pasión palpitante, casi le gritó:

—Tú me dijiste que querías el bing bang de mi universo, te lo vengo a dar todito.

—No, Mariana, yo, no, oye, este...

—Don Arturo, le buscan en su cubículo —intervino, desde el cielo, una voz en *off*.

—Te, te, tengo que irme, tengo que... que irme —balbuceó, desprendiéndose de Mariana y su insuperable abrazo del cine nacional.

La chica, ahora sí con la sonrisa de par en par, lo vio alejarse hacia el elevador; casi volaba y en ningún momento volvió la cabeza atrás. Satisfecha, salió muy oronda del lugar pensando en voz muy bajita: Creo que me excedí un poco... Pero ¡qué estoy diciendo!, ¡no tiene la menor importancia!

KARMA

—Espera, Raymundo, tómate tu tiempo para sentirte bien solo. No inicies una nueva relación, no te precipites.

—Esta es la de a de veras, es muy pareja y compartida, no se anda con cosas de que la obligación debe ser toda de los hombres y eso. Además cocina delicioso, cada rato me despacha de su casa con topers llenos de comida, platillos exquisitos. Te va a caer bien, se van a llevar de maravilla. Fíjate que a pesar de que es de la *highlife* tradicional de aquí, es de mente abierta; sus amigas siempre la critican por su manera de ser. Ándale, di que sí, y le dices a Vero. No voy a aceptar que me digan que no, ustedes son mis amigas de toda la vida, por eso se las quiero presentar. Por cierto, tiene un hermano que hace tiempo se divorció y me gusta para ti, quiero presentártelo.

—Ah, no. A mí no me enchaleques a nadie, así menos voy a la dichosa cena.

—No te cierres a las posibilidades.

—No me importan las posibilidades. Por lo menos deja lo conozco y luego ya veremos, pero lo hago por ti, que conste.

—Bueno, entonces las espero a las ocho en casa de Titi.

—¿Y qué llevamos?

—Traigan el postre, si quieren; a Titi le encanta cocinar.

—Está bien. Sigo pensando que no es buena idea, pero tú sabrás.

—Mariana, no alcancé a preparar el pay de manzana que quería llevar, así que compré uno en la pastelería esa rica que está en el centro.

—Ninguno como los que tú preparas, Vero, pero allí también los hacen muy buenos; tenemos que hacer quedar bien a Raymundo. Casi no puedo esperar para probarlo.

—¡Bienvenidas! Me da gusto verlas en mi casa. Pasen por favor al jardín, allí será la cena.

—Gracias, Titi, qué linda tu casa. Trajimos un pay de manzana delicioso.

—Y esperen a que vean la gran variedad de hierbas de olor que tiene Titi en el jardín. Les va a encantar.

—Sí, Raymundo, es muy grande y qué aroma, ¿no es así, Vero?

—Umm, sí. Y dime, Titi, ¿te gusta leer? A Raymundo le fascina. ¿Cuál es tu escritor favorito?

—La verdad no he leído mucho, no es mi fuerte.

—¿Cuál es tu profesión?

—Soy arquitecta.

—Y entonces, ¿de qué platican?

—Pues de todo.

—Raymundo, Vero, ¿qué les parece si vamos a conocer el jardín? Además, ahí están los otros invitados.

—Tienes razón, Mariana, vamos.

—Miren, les presento a mis amigas de toda la vida.

—Hola, mucho gusto; soy Marina y él es mi esposo Javier. Por acá está Manuel, hermano de Titi.

—Hola a todos; soy Mariana y ella es Vero.

—Pero siéntense. Tú, Mariana, al lado izquierdo de mi hermano; Verónica enseguida de ella. Raymundo al lado derecho de Manuel y yo aquí, a tu lado, mi amor.

—¿Qué les pareció el jardín? ¿A poco no está genial? Mira, Vero, ven. Huele esta albahaca. Titi, a ver si le das una maceta, ella la utiliza mucho en la cocina.

—Claro, mi vida. Bueno, sigan platicando, Manuel y yo vamos a terminar la cena. Ahí donde lo ven, mi hermanito es excelente cocinero.

—Oye, Raymundo, ¿qué tal va el trabajo?

—Cardiaca, muy pesado en estos días, ya no veo la puerta.

—¿Y todos trabajan en donde mismo?

—No, Marina. Vero y Raymundo sí son compañeros, pero yo trabajo en otra Universidad.

—¿Y desde cuándo se conocen?

—Nos conocimos en la Facultad.

—Sí, yo me atrasé con algunas materias y me gradué junto con Vero. Mariana se graduó primero que nosotros. Tenemos años de ser amigos.

—Me imagino que sí, de otro modo Raymundo no hubiera insistido tanto en presentarlas con Titi, y claro, a nosotros.

—Oye, Jaime, ¿a qué te dedicas?

—Soy pintor, Verónica.

—Y de los mejores. No lo digo porque sea su esposa, honestamente es muy bueno en lo que hace.

—¿Qué va a decir, Verónica? No le hagas caso; sí me gusta mucho pintar, pero...

—No seas inseguro, claro que eres fantástico.

—Ándale, Raymundo, ya agarraron la plática estos. Ya quiero que pase la cena para probar el pay que trajo Vero. Oye, deja estiro la pierna, se me durmió. Voy a poner mi talón en tu rodilla.

—Voy a darte masaje para que circule la sangre. Pues, ¿cómo estabas sentada, Mariana?

—Aquí les traigo la salsita, ya mero está la ce... na.

—Ah, qué rico, Titi; se me hace agua la boca. Ya van a ver lo buenos cocineros que son mi amiga y su hermano. ¿En qué estábamos? Ah, sí, les decía...

—Oye, sí que habla hasta por los codos tu amiga Marina.

—Sí, ya sé, no deja hablar a nadie, pero es muy buena gente.

—Ya vuelvo, voy a ver por qué mi amiga se está tardando con la cena.

—Perdonen a mi esposa, la amo, pero no le para la boca, ahora va a ir a marear a Titi y a Manuel.

—Escuchen todos, ya no habrá cena. Vámonos, Javier.

—Pero, ¿cómo? Deja de bromear, ¿cómo va la cena?

—Te estoy diciendo que no habrá cena, se cancela. Vámonos.

—¿Qué pasó, Marina? ¿Dónde está Titi?

—En la cocina, Raymundo. Y, ¿sabes qué? Los vio.

—¿A quiénes?

—No te hagas. A ti y a Mariana.

—Nos vio ¿dónde? ¿De qué hablas?

—Yo no sé nada. Lo único que me dijo es que ya no hay cena y que nos vayamos todos.

—Nada más eso nos faltaba, qué grosera. Vámonos, Mariana, no tenemos nada que hacer aquí.

—Espera, Vero; ándale, Raymundo, ve a ver qué pasa.

—Qué «ve a ver lo que pasa» ni qué ocho cuartos, Mariana, toma tu bolsa y vámonos.

—Pero, Vero, ¿nos vamos o esperamos a que salga Raymundo?

—Nada de esperarlo, ya vámonos... Ahí viene.

—¿Qué pasó, Raymundo?

—Está fúrica, me corrió a mí también. Dice que no puede creer

tanta desvergüenza de nuestra parte; según ella delante de todos le dimos rienda suelta a nuestro amorío.

—¿Cuál amorío?

—Es que vio cuando te estaba dando el masaje en la pierna.

—¿Qué cosa? ¿Pues no que era de mente abierta?

—Calla, Vero, si ella es de mente abierta no quiero saber cómo serán las demás...

—Acabémonos de ir, no vaya a ser que salga. Te esperamos en mi casa, Raymundo.

—No, Vero, gracias. Mejor nos vemos mañana.

—Pero, oye...

—Déjalo, Vero, va todo sacado de onda. Me siento culpable por lo que pasó, si no hubiera puesto mi talón en su rodilla. Pero es que ni siquiera lo pensé, lo hice de manera automática. Tenemos que hacer algo, pobre Raymundo.

—Claro que no, ella se portó como una adolescente malcriada. Lo que haremos al llegar a mi casa es preparar café y comernos el delicioso pay de manz...

—El paaaay... No puede ser, se quedó en la casa de Titi, vamos a regresarnos por él.

—Me asustaste con ese grito, ¿estás loca, Mariana?, ¿quieres quedarte sin cabellera?

—Pero es que toda la noche estuve esperando el momento de saborearlo, y ahora me da coraje que a pesar de habernos corrido tenga el premio de comérselo.

—No te apures, existe el karma. Te aseguro que por el berrinche, le sabrá amargo.

—Ojalá, pero de igual manera nosotros nos quedamos sin nada.

—Eso es lo que tú crees. Al verlo tan rico compré uno también para mi casa, así que, como te decía y no me dejaste terminar, vamos a casa a saborear una aromática taza de café acompañada de una deliciosa rebanada de pay de manzana.

LUCES ENCENDIDAS

La primera vez que la vi todo se silenció en mi cabeza. Los tics y las imágenes constantes desaparecieron. Cuando llevas auestas la maldición de ser obsesivo-compulsivo, en realidad no tienes momentos callados, incluso en la cama estoy pensando: ¿Cerré las ventanas?, sí. ¿Me lavé las manos?, sí. Pero cuando la vi a ella, en lo único que pude pensar fue en la curva de sus labios, o la pestaña extraviada en su mejilla, extraviada en su mejilla, extraviada en su mejilla.

Sabía que debía hablarle. La invité a salir seis veces en treinta segundos, me dijo que sí después de la tercera, pero en ninguna de las ocasiones que pregunté me sentí seguro, así que seguí insistiendo.

En nuestra primera cita pasé más tiempo organizando mi cena por colores que lo que duré comiendo o platicando con ella, pero eso le gustó. Le encantaba que tuviera que besarla dieciséis veces para despedirme, o veinticuatro si era jueves. Le divertía que me tomara tanto tiempo caminar hacia la casa porque había muchas grietas en la banquetta.

Al mudamos juntos, se sentía segura a mi lado: «Amor, definitivamente nadie nunca entrará a esta casa a robar», dijo, porque yo había cerrado la puerta dieciocho veces. Siempre veía su boca cuando hablaba, cuando hablaba, cuando hablaba.

Recuerdo que, si me decía que me amaba, la comisura de sus labios se curvaba hacia arriba. En la noche se acostaba en la cama y me veía apagar y prender todas las luces, apagar y prender, apagar y

prender; apagar y prender; apagar y prender. Al hacerlo, cerraba sus ojos y se imaginaba que los días y las noches pasaban frente a ella.

Sin embargo, en los últimos dos meses sucede que, cuando comienzo a besarla para despedirme, solo se va, porque por mi culpa siempre llega tarde al trabajo; y cada vez que me detengo en las grietas de la banqueta, ya no lo hace. Si me dice que me ama, en su boca aparece una línea recta. Me explicó que yo estaba tomando mucho de su tiempo.

La semana pasada se fue a dormir a casa de su madre, me aclaró que nunca debió dejar que yo me apegara tanto a ella, que todo fue un error, pero ¿cómo puede ser un error que yo no tenga que lavarme las manos ocho veces después de tocarla? El amor no es un error, y me está matando que ella pueda terminar con esto y yo no. No puedo. No puedo salir y buscar a otra chica porque siempre está en mi mente.

Usualmente, cuando me obsesiono con algo, veo gérmenes escabulléndose por mi piel o imagino que soy atropellado por una fila interminable de coches; en cambio, ella ha sido lo único hermoso con lo que alguna vez me he ofuscado.

Me despierto todas las mañanas pensando en la manera en que toma el volante de su auto; cómo mueve las llaves de la regadera, igual que si estuviera abriendo una caja fuerte; cómo sopla las velas, cómo sopla las velas, cómo sopla las velas, cómo sopla las velas, como sopla... ¡Basta!, ¡ya no quiero...!

Ahora solo pienso en quién está besándola. No puedo respirar, él solo la besa una vez.

—Amigo, desearía decirte las palabras mágicas que desaparecieran el dolor de tu corazón, pero no las tengo. Solo puedo decirte que estoy contigo; no te dejaré solo.

—Mariana, anhelo tanto su regreso que dejo la puerta sin cerrar y las luces encendidas.

PALOMITAS DE MAÍZ QUE HACEN ¡POF!

Estaba formada en la fila de las palomitas y adelante de mí platicaba una pareja joven. Ustedes saben que en ocasiones es imposible no escuchar las conversaciones ajenas; él le dijo a ella:

—Me sigue doliendo la cabeza, todo el día he traído la punzada clavada del lado derecho, ¿traes por ahí alguna pastilla?

—No, pero no quisiste cuando te la ofrecí en la casa, a la hora de la comida. Siempre es la misma contigo.

—Pues es que pensé que se me quitaría después de comer, pero aquí sigue.

—Vámonos pues a la casa, no quiero estarte viendo esa cara.

—Cómo crees, ya compramos los boletos para la función.

Debido a que yo también sufro de migraña, siempre traigo en mi bolsa pastillas. Me identifiqué con el pobre hombre y, como buena alma caritativa que soy, se me ocurrió ofrecerle de mi medicamento:

—Disculpe, escuché sin querer su plática. Yo también padezco de migraña, si gusta puede tomar de mis pastillas; soy Mariana.

—Oh, qué amable, fijese que le voy a tomar la pala...

—Pedro, ¿quién es esta tipa? ¿Por qué te está ofreciendo pastillas?, ¿de dónde la conoces? —dijo la mujer con tono de intimidante dignidad.

—Oiga, no, perdón yo solo...

—¡Contigo no estoy hablando! —vociferó.

—Laura, no le hables así a la señorita, no la conozco, ella solo me está...

—¡Ah!, pero ¿la defiendes? ¡De seguro estabas con ella la otra vez que me dijiste que te quedarías a trabajar tarde!

—¿Ya vas a empezar otra vez? ¡Solo me está ofreciendo de sus pastillas! Por favor, perdone el mal rato —dijo el doblemente dolorido hombre.

—¿Cómo te atreves a pedirle disculpas en mi carota? Ya me amargaste la noche, no sé cómo te aguanto los panchos que me haces, Pedro, la verdad, no me los merezco. —A estas alturas, corrían por sus mejillas de mujer ofendida gruesos lagrimones y toda la gente del cine, del centro comercial y de la ciudad comían sus palomitas mientras veían el drama intenso, donde yo había pasado de heroína a villana.

—Oiga, no sea exagerada, si ella nomás le ofreció una pastilla

— Se escuchó la voz de alguien que estaba formado más atrás.

—Y a usted ¿qué le importa? De seguro también le pone el cuerno a su mujer, ¡todos son iguales! —rugió, al mismo tiempo que dio unos pasos amenazantes hacia él.

—¡A mi marido no le va a gritar! De verdad que usted está loca, por eso le duele la cabeza al pobre hombre —se le enfrentó la esposa calumniada, no sin antes dirigir una mirada al marido de «más te vale que no sea cierto».

—¡¿Cómo se atreve?! Pedro, ¿no me vas a defender...?

Aprovechando la oportuna intromisión, salí de la fila lo más sigilosamente que fui capaz y puse pies en polvorosa, con el pundonor maltrecho, sin película ni palomitas.

AMULETOS PODEROSOS CONTRA EL TEMOR

«Ahora no quieres, pero ya querrás». «¿Quién te cuidará cuando seas mayor?». «¿Y qué vas a hacer?». «Yo también decía eso y ahora mira». «Pero si es lo más bonito de la vida». No todas piensan así, por lo menos Mariana y Verna.

En la clínica preguntan con amabilidad si es la primera vez que acudes o si vas a revisión; para la mayoría es una situación desconocida, las delata su voz nerviosa y asustada. A Mariana le sucedió.

Pasó a la sala de espera. Se sorprendió al verla llena de mujeres jóvenes y adolescentes, solas o acompañadas por sus parejas o sus familias; unas hablando por celular, otras mirando un punto fijo, como buscando una reafirmación; las menos, se mostraban serenas y tranquilas.

Mariana tiene la fortuna de contar con amigas como Verna: estaba ahí para lo que necesitara. A pesar del bullicio de las enfermeras y la algarabía de la televisión, la tristeza poblaba el ambiente.

Siempre ha creído que su cerebro trabaja de manera extraña. Miró a su alrededor y pensó si ese lugar repleto de mujeres implicaba que Estados Unidos fuera un país avanzado o un lugar sin escrúpulos. Se inclinó por lo primero, puesto que permitía a las mujeres decidir sobre sí mismas; luego dudó, quizá solo se justificaba, al final de cuentas también estaba allí.

Al poco tiempo entró una pareja con un bebé en brazos, un

pequeñito de esos que atraen irremediablemente la mirada; con él bastaba, no querían ni podían criar a un hijo más. Mariana no perdía detalle: una madre y un padre dedicados; no, no se veía actuando ese papel, no se imaginaba haciéndose responsable por otra vida.

La llamaron para prepararla; el tamaño complicaba el procedimiento, tuvo miedo. En una cadena de plata había puesto un par de medallas y un dije con forma de una niña que tenía grabada su inicial (*amuletos poderosos contra el temor, regalo de mamá y de alguien especial que no conozco*). Eso era suficiente. En ocasiones se sorprendía de sí misma, ni siquiera el dolor, que seguramente sentiría, la hizo detenerse.

El médico la reprendió por dejar pasar tanto tiempo, afortunadamente sus frecuentes desafíos a la autoridad le dieron más fuerza de la que ya tenía. Respondió al interrogatorio médico con firmeza y dijo que sí cuando le pidieron firmar los documentos de ingreso. No hubo lugar para la duda.

Llegó el momento, Mariana murmuró a su amiga: «Ahora vuelvo» y entró al quirófano. El dolor que sufrió fue intenso, por un momento creyó que no resistiría, recordó cuando sentada en el suelo del baño vio la cruz de la prueba de embarazo: «¿Cómo pudo haberme pasado?, ¿qué hice mal? Si yo me cuido, esto es algo que nunca he querido en mi vida».

Recordó también que de inmediato inició la búsqueda de los lugares legales para practicarse un aborto. «¿Cuánto tiempo tengo?», no tenía idea. Relacionó ciertos síntomas que atribuyó al exceso de

trabajo, a la posibilidad de un padecimiento de la tiroides por su genética, o de diabetes por la misma razón. Le causó extrañeza estar subiendo de peso tan rápidamente, aunque estaba consciente de su descuidada alimentación; todo conspiró en su contra. Mariana se odió por no darse cuenta a tiempo. ¿Cómo, si el cuerpo era suyo y ella lo conocía muy bien?

Acudió con su ginecóloga. La sonografía no mintió, efectivamente, su útero estaba ocupado hacía ya doce semanas. La imagen de la pantalla, casi siempre borrosa, lucía más clara que nunca. Mariana buscó un indicio, algún sentimiento, pero todo permaneció igual, la respuesta siguió siendo la misma. La doctora, como un ángel rebelde, proporcionó la información necesaria: sería fuera del país, la ley de la Ciudad de México ya no era una opción.

Los días previos al procedimiento fueron de mucha convivencia familiar y en ocasiones le resultaron incómodos, debía evitar que su vientre estuviera a la vista. Procuró usar ropa holgada, no quería preguntas porque sabía lo que respondería; los conocía a la perfección y estaba segura de que ellos no lo pasarían bien.

Cuando todo terminó, aún dolorida, dijo a Verna: «Ya me regresó el alma al cuerpo, vamos a desayunar y te cuento. Estoy bien».

El viaje de regreso fue como cualquier otro, una aventura, otra más en la lista de Mariana, en realidad, eso era la vida para ella. Lo disfrutó cada segundo, se sentía feliz, lista para seguir viviendo y dispuesta a ser libre de nuevo. Acarició los amuletos poderosos contra el temor, regalo de su mamá y de alguien que no conozco.

DE LOS SUEÑOS Y PROYECCIONES

INQUILINOS

—Majo, están aquí, susurrándome al oído. Me duele el pecho, tengo ganas de llorar, me siento sola y a su merced; soy incapaz de hacerme feliz. Con su voz de abismo me dicen que el abandono permanecerá, que entregaré mi vida a quien no se quiera quedar, que me quedará sin mí. A decir verdad, creo que nunca me he tenido.

— ¿Y eso es cierto?

—A veces pienso que sí, en mucho tiempo no ha sido distinto.

—Te voy a hablar desde mi lugar, el de alguien que está muy enojada con ellos: no tienen una bola de cristal para adivinar el futuro, lo que buscan es molestarte. Pero ¿qué hacen aquí?, ¿qué fue lo que pasó?

—Se dieron cuenta de que para él todo es más importante que yo: sus imprevistos familiares, su trabajo, su celular, supongo que las conversaciones que sostiene le resultan más atractivas. Desde entonces me siguen a todos lados. Por las noches duermo con sus manos aferradas a mis sienes y a mi corazón. Cuando él me dejó en el quicio de su puerta, ellos abrieron sin permiso la que me lleva a la desolada habitación del desamparo. Si no me quiso el primero, el origen, el hombre más importante de mi vida, ¿por qué habría de hacerlo cualquier otro? No lo culpo.

—Pero eso no es cierto.

—Y no me ayuda que él no siempre esté a la mano, que a veces no conteste el teléfono o no lea al instante mis mensajes por la razón que sea, aunque estoy segura de que lo hace porque no le importo. Hay momentos en que lo siento tan cerca y en otros, como ahora, tengo la seguridad de que solo está cuando se le antoja, que me ha cambiado por alguien mejor.

—¡Los odio por mentirosos! Recuerda que él procura darte explicaciones y sus argumentos han sido válidos; además, no pierdas de vista que en ocasiones todos, incluso tú, estamos ocupados y no respondemos el teléfono de inmediato. Pienso que estás exagerando.

—Quizá, pero ahora yo estoy frágil y les creo.

—Mariana, comprende, no hay manera de saber si él se va a ir o se va a quedar.

—Lo entiendo y soy consciente de eso cuando me lo dices tú, pero luego ellos...

—Ellos se alimentan de tu miedo, por eso siguen ahí, lastimándote.

—Majo, tengo miedo del miedo, ahora lo siento muy fuerte. Ellos me dicen que también se irá. Tengo tanto para darles que lucen tan oscuramente seductores; están muy bien nutridos, me devoran el sosiego y el poco amor que me tengo. Tal parece que no existen ojos ni oídos para nadie más.

—No te conviertas en un barco a la deriva cargado de ausencias, escucha sus historias, pero cuestionálas del mismo modo que lo

haces con las actitudes más pequeñas de él. Créeme, te quiere, pienso que de verdad le interesas, que es sincero y no te abandonará del modo que ellos te dicen; sin embargo, recuerda que todos nos vamos tarde que temprano, pero eso es natural. Él no es aquel que se fue cuando apenas eras una dolorosa esperanza. Deja de vivir en el eco de ese recuerdo.

»La vida te urge ser valiente y renacer en un mundo donde no nos sentimos amados, donde hemos de aprender a valerlos por nosotros mismos y a sufrir la ruptura de ese cordón umbilical que nos unía al único corazón que debió amarnos y protegernos incondicionalmente, pero que lejos de hacerlo, abrió en nosotros una herida que pareciera nunca ha de sanar; de liberarnos de ese pasado como quien corta el hilo de un globo muy oscuro y lo deja ir.

—Todo eso mi cabeza ya lo sabe, Majo, pero ¿cómo lo acomodo en mi corazón? No puedo deshacerme de ellos, no logro separarme de su abrazo por más que lo intento. Estoy tan cansada de ser el lugar donde ellos habitan; desde ahí se apoderan de mi voluntad, carcomen cada pedazo de mi alma, de mi confianza. He llegado a pensar que la única forma de acabar con este tormento es entregarme por completo. En el fondo creo que solo ellos me aman realmente; ellos no se han cansado de pelear por mí, en cambio, no puedo decir lo mismo de los demás.

—No digas eso, ellos te engañan con mentiras disfrazadas de verdades. Por favor no renuncies, te aseguro que todo pasará y cuando lo recuerdes, te sentirás orgullosa de la mujer en la que te convertirás y entonces... ¿Amiga? ¿A dónde te has ido? Regresa, por favor...

—Shhht, cállate de una vez, Mariana ya no te escucha.

POKEMÓN GO

—¡Ricardo, con lo grandote que estás, haz lo posible por doblarte en las partes que haga falta, no pueden vernos!

—¿Cómo quieres que quepa aquí? Si no soy contorsionista. Además, tú tienes la culpa de que nos esté pasando esto, ¡siempre tienes que llevar la contraria! ¡Qué espantoso huele!

—Shhht, calla, no hables tan fuerte que te van a oír. A qué quieres que huela aquí. Y pues sí, es lo único que me ha acompañado toda mi vida y no dejaré que me lo quiten, ¿acaso tú sí?

—Pues claro que no, por lo mismo procuro ser más discreto, en cambio tú. Solo era cuestión de irnos de ahí, sin alboroto, pero no. Tenías que hacer todo ese escándalo y ponerte al tú por el tú con el monigote que quería atrapar a tu...

—Shhht...

Se escuchó un ruido y ambos quedaron en silencio. Ya tenían buen rato agazapados en el depósito de basura y varios días escapando de sus perseguidores. No les había quedado otro remedio que abandonar su casa, su trabajo, a sus familias y amigos; la mayoría prefirió entregarse, entregarlos. Al parecer estaban solos, a salto de mata huyendo de los entrenadores.

¿En qué momento las cosas se salieron de control? ¿Cómo puede ser esto posible? Todo parecía ser un simple y enajenante juego, sin embargo, ahora todo estaba invadido; los textos visionarios

de Orson Wells, Issac Asimov, Aldous Huxley, Tajiri se habían convertido en realidad.

—No hay nadie, quizá fue un gato o un perro.

—¿Y qué vamos a hacer, Mariana? No podemos quedarnos aquí para siempre.

—Ricardo, ¿cómo pasó esto? Aún no lo puedo creer. Estoy de acuerdo en que ellos pueden evolucionar y cambiar de espacio, ¡pero este es el mundo real! Ellos no son reales, no eran reales. ¿Qué conjuro es este?, ¿quién lo hizo?

—Creo que ese conjuro lo hicimos nosotros, sin querer, sin saber. Fue tanto el deseo de evasión, que esa otra realidad a la que solíamos irnos a jugar por horas fue más pensada, nombrada y visitada que la verdadera, hasta que inevitablemente se materializó. Lo que nombras existe. Cuidado con lo que desees. Ya ves, ese mundo ficticio es superior ahora que lo hemos traído a esta realidad, ¿a la real?, afectándola de tal modo que nuestros propios monstruos, nuestros demonios se han materializado también, y los entrenadores los pueden ver por medio de esas pelotas rojas con negro y blanco.

—Pero, Richy, ¿por qué no se conforman con cazar y entrenar a los monstruos que se salieron de ese juego o de lo que sea que se escaparon? Con ellos pueden conseguir muchas medallas.

—Es sencillo pero escalofriante, ¿tú por qué no quieres que se lleven a tu monstruo, a tu demonio interior?

—Porque está construido de mis temores, mis errores, mis inseguridades, mis instintos primarios; me conecta con la naturaleza de donde vengo; me obliga a luchar contra él para vencerlo, y aunque es indestructible, en cada batalla, ya sea de agua, de fuego, de tierra, de oscuridad o de lo que sea necesario, gano una tregua. Debo confesar que en ocasiones me domina, se multiplica y ya sabes, brotan de mí actitudes horrendas, pero consigo recuperarme. Mi demonio o monstruo me hace ser mejor persona. En cada combate termino dolorida, pero transformada.

—Ahí tienes la respuesta, Marianita. Nuestros demonios son invencibles, depende de nosotros intentar domesticarlos, pero cuando están fuera de control son imparables, crueles, terribles. Esos son los que buscan los entrenadores para conseguir sus medallas, sus trofeos. Nosotros sin nuestros demonios no somos más que bultos, aún menos que aquellos enajenados jugando videos.

—Vámonos, Richy, creo que ya se fueron los entrenadores, no podemos dejarnos atrapar. Si ellos lograron construir su propia realidad con solo nombrarla, quizá también nosotros podamos traer de vuelta la nuestra.

—Sí, mañana con la luz del sol.

Y allá van, hacia la incertidumbre, montados en el lomo de sus monstruos.

UN GRAN ESTRUENDO RUGE AGORERO

Erick Medina vive sus fantásticos dieciocho años: es tímido, callado, tiene pocos amigos, le gusta leer cómics y libros de ciencia ficción; mide 1.87, estatura ideal para practicar el baloncesto; un tanto gruñón con su familia, sin embargo, no le gusta confrontar a las personas; es noble y de buen corazón.

Un chico feliz o por lo menos lo había sido. Hace días que las cosas no le van bien, pareciera que la suerte se empeñara en jugarle malas pasadas: un 45 en Matemáticas y un 65 en Química, y eso que estudió una semana para cada una, no obstante, no logra concentrarse; la USB con el trabajo en equipo de Historia de México, perdida, junto con sus compañeros que, al saberlo, le han aplicado la *ley del hielo*; su celular murió ahogado en el retrete, esa costumbre de echarlo en la bolsa de atrás del pantalón; el Nintendo Wii castigado, sus calificaciones no son para menos; el amor, no podía faltar el amor: Mariana, la chica más hermosa del universo, ni en el mundo lo hace, vive inmersa en su melancolía, pero esa es otra historia; y como cereza del pastel, en el entrenamiento de esta tarde, cosa extraña en un corredor de fondo experimentado, se desmayó a mitad de la carrera.

El resultado de los estudios médicos: hipertiroidismo, con razón se sentía fuera de forma, más delgado y con la cabeza en otro planeta. No le había dado importancia, se lo atribuyó al desánimo causado por la mala racha que estaba pasando y que, por lo visto, empeoraba.

—¿Es usted la mamá de Erick?

—Sí, Dalia Salgado, mucho gusto, doctor. ¿Cómo se encuentra mi hijo?

—Los exámenes del laboratorio indican que Erick padece hipertiroidismo, por lo que su metabolismo trabaja más rápido de lo normal, debido a eso siente cansancio extremo y ha bajado de peso. El plan para seguir es regular con yodo radioactivo la producción de hormonas tiroideas, para después extirpar la glándula. Será necesario que por algún tiempo lo tome en dosis controladas; la duración del proceso dependerá de su evolución.

»No te asustes, Erick, te pondrás bien si sigues las indicaciones al pie de la letra: tendrás que permanecer aislado, dormir solo, tener tus propios cubiertos. Después de cada toma no podrás comer ni hablar durante media hora para prevenir las náuseas; evita pasar periodos prolongados en lugares públicos o transporte colectivo; si piensan salir de la ciudad, deberán llevar consigo esta carta donde se hace constar que estás bajo tratamiento médico, ya que las alarmas de aduanas y aeropuertos sonarán cada vez que cruces por los detectores. Además, nada de productos y alimentos que contengan mucha sal —la comida chatarra, por ejemplo—, tampoco lácteos.

—Solo esto me faltaba.

—Erick, qué modos son esos.

—Mamá, ¿cómo quieres que me sienta? Hace tiempo que nada me sale bien por más que me esfuerzo. Todo está contra mí, me quedaré sin amigos, si de por sí, casi no tengo. ¿Y la competencia?,

no podré participar, perderé el año escolar. Me verán como algo contagioso, se burlarán de mí.

—Vamos, hijo, busca el lado positivo de los malos momentos, dicen que de la oscuridad nace la luz.

—No inventes, tardaré mucho en aliviarme y tengo tan mala suerte que de tanto medicamento me haré fosforescente.

—Pero ve nada más, qué cosas se te ocurren.

Erick se ha tomado la primera dosis. Cerró los ojos, detuvo el aliento por un instante y tragó el contenido de la botellita que le proporcionara la enfermera. Después de reposar treinta minutos, fue directo a casa, a su habitación, permanecería ahí por dos o tres días hasta que el efecto radiactivo bajara.

La oscuridad de su recámara se ilumina intermitentemente con los rayos de la tormenta que rezumba afuera. No puede dormir pensando en su nueva situación; abre Facebook y lo primero que ve son las fotos de la competencia, Mariana aparece también. No quiere saber más; con frustración cierra su nuevo celular (regalo de mamá), lo pone a cargar y lo coloca sobre su buró. La tempestad va en aumento al igual que las descargas eléctricas. Desde su cama observa la ventana; sus venas, al paso de la radiación, brillan igual que las centellas que surcan el cielo. El sueño por fin llega.

Súbitamente resplandece y un gran estruendo ruge agorero: el celular conectado al enchufe atrajo un rayo, todo se vuelve luminiscente, en especial Erick que, envuelto en un halo de luz,

flota encima de su cama: sus manos, pies y cabeza parecen orbes fulgurantes; bajo su piel, por sus venas inflamadas, corre la sangre, ahora iridiscente, que desata la metamorfosis. Su corazón se ha detenido, la fusión ha terminado; las tinieblas y el silencio cubren su cuerpo; esperan, vigilan, resguardan.

Y así, momentos después, tal como fue anunciado, un destello tamborilea bajo el pesado manto negro, agujereándolo. Las noches jamás volverán a ser iguales.

LAS NOCHES JAMÁS VOLVERÁN A SER IGUALES

Mariana está hecha agua por dentro y por fuera, los fantasmas de la melancolía la atormentan, así que prefiere sentir la lluvia helada a seguir escuchando cómo le susurran al oído lo insignificante que es. Por las noches, cuando duerme, ellos enredan sus manos en sus sienes y en su corazón. En el pasado alguien la dejó en el quicio de su puerta y en ese instante, ellos abrieron sin permiso el portal que lleva a la desolada habitación del desamparo. Si no la quiso el primero, el hombre más importante de su vida, ¿por qué habría de hacerlo cualquier otro? Erick, por ejemplo, tan guapo, un gran atleta, buen estudiante, excelente chico. Ahora que enfermó, nada le gustaría más que ir a verlo; ha investigado y sabe que tomar yodo con radiación requiere de aislamiento, y aunque no fuera así, seguramente a él no le interesaría verla.

Camina sin rumbo por las calles anegadas que se iluminan al antojo de las serpientes plateadas que se han apoderado del cielo. No puede deshacerse de ellos, no logra separarse de su abrazo por más que lo intenta. Está tan cansada de ser el lugar donde habitan; desde ahí dominan su voluntad, carcomen cada pedazo de su alma, de su confianza. Ha pensado que la única forma de acabar con esa angustia es entregarse por completo; en el fondo piensa que solo ellos la aman realmente, no se han cansado de pelear para conseguirla, en cambio los demás ni siquiera le creen.

Inconscientemente, sus pensamientos o tal vez su corazón la han llevado hasta la casa de Erick. ¿Y si me animara a tocar?, se decía. *Pero ¿cómo se te ocurre? A esta hora de la noche y en medio de la tormenta, terminarías por confirmar lo que ellos sospechan; mira que contarle a Sandra lo de los fantasmas, en seguida media escuela se enteró, cómo pudis...*

Un gran estruendo, que interrumpe sus pensamientos, ruge agorero y del cielo cae una serpiente envuelta en fuego que atraviesa la ventana de la casa. Mariana paralizada observa desde el otro lado de la acera.

—¡Por Dios, ¿qué es eso?! Es la ventana de... ¡es Erick! —balbucea aterrorizada.

Todo está luminiscente, en especial el muchacho que, envuelto en un halo de luz, flota inerte; sus manos, pies y cabeza parecen orbes fulgurantes; bajo su piel, por sus venas inflamadas, se desliza la serpiente de fuego, que, al mezclarse con su sangre color marrón, la ha tornado iridiscente. Todo estalla y de la explosión nacen miles de esferas color ocre que salen disparadas con tal fuerza que derriban a la muchacha. Un instante después, terminada la fusión, la lluvia ha cesado, la oscuridad lo cubre todo.

Con dificultad se incorpora, las tinieblas son tan densas que no puede ver sus manos por más que las acerca a su rostro. Tiene mucho miedo, teme por el chico, pero es incapaz de moverse. De pronto, por la ventana se vislumbra un destello que tamborilea bajo el pesado manto negro, agujereándolo. Mariana, temblando, camina hacia él, la luz apenas ilumina el lugar. Lentamente se acerca y con horror ve a su amigo tirado enfrente de la cama; no puede dar crédito: ¡el cuerpo de Erick brilla en la oscuridad! Con desesperación hace a un lado los escombros para entrar en la habitación. Hincada a su lado lo llama:

—Erick... Erick... hálbame por favor, ¿estás bien? Despierta, por

lo que más quieras... ¿Por qué estás fosforescente? —No obtiene respuesta.

Dejando a un lado el temor que siente y sacando fuerzas del amor que le tiene, decide tocarlo y se inclina sobre él para tomarle el pulso en el cuello. No pudo evitar cerrar los ojos. Al contacto de sus dedos con la piel de su querido amigo, un estremecimiento sacude su cuerpo; un hilo de energía serpentea por su brazo y va tiñendo sus venas de color ocre. La luminiscencia aumenta. Mariana siente cómo cada célula de su cuerpo se hace una con el de él hasta conocerse sus más profundos secretos.

El muchacho abre los ojos y se incorpora de golpe, provocando que Mariana caiga de espaldas. Al quitar los dedos de su cuello la luz baja de intensidad y el color de su brazo vuelve a la normalidad. Lo mira estupefacta, retiene la respiración a la espera de la reacción de Erick, quien sigue brillando.

—Tú me quieres —susurró el chico esbozando apenas una sonrisa.

—Y tú a mí —respondió Mariana, recobrando el aliento.

—Te libraré de tus fantasmas.

—Y yo guardaré tu secreto.

Las noches jamás volverán a ser iguales.

LA TRANQUILIDAD DE DOÑA MARIANA

—Aún no puedo creer el precio que pagué por esta casa —dijo doña Mariana, mientras deshacía sus maletas. La vieja casona había estado en venta durante mucho tiempo; sin embargo, ninguna oferta apareció.

Escritora solitaria desde que enviudara, necesitaba un lugar tranquilo, sin bullicio, donde pudiera terminar las historias que publicaba; sobre todo, su nueva novela.

—Es increíble que la gente dejara ir la oportunidad de comprar esta maravilla solo porque está al lado del cementerio; supercherías, gente ignorante. Por fin podré terminar mi novela en este lugar tan callado —platicaba al retrato de Pablo, su esposo.

Una vez instalada puso manos, literalmente, a la obra. Se sentaba a escribir y con frecuencia el amanecer la sorprendía trabajando. Un día se dio cuenta de que la finca no sería el templo silencioso que ella deseaba: frente a su ventana, un perro blanco pasaría las noches, a partir de ese momento, ladrándole a la oscuridad. El animal parecía adivinar justo el momento de mayor fluidez en la escritura para ladrar con más fuerza y persistencia, de tal forma que a doña Mariana se le escapaban los personajes y sus vicisitudes, y su cabeza únicamente atendía a una pregunta: ¿a qué maldita hora se llamará este animal del demonio?

Conforme el tiempo transcurría, en su interior crecía un odio terrible a la puesta del sol y lo que esta traería consigo. Perdió las ganas de escribir y el insomnio se instaló en su cama. Su obsesión

por el perro fue en aumento, desde la ventana observaba durante largas horas cómo le ladraba a la nada, furioso y celoso.

—Esta bestia ha perdido la razón. Ya no puedo más, Pablo, debo encontrar un remedio a esta situación, tengo dos meses de atraso en las entregas de mi novela y no permitiré que este animal endiablado se interponga más en mi camino —dijo tomando con fuerza la fotografía de su difunto marido.

La luz del siguiente día trajo la solución: lo envenenaría, acabaría con el problema de una vez por todas. *Detesto hacer cosas como esta, pero es la única manera de recuperar la tranquilidad*, pensaba mientras se dirigía a comprar la ponzoña que se la devolvería.

Al atardecer, a pesar del frío, salió de su casa, su semblante lucía lúgubre y decidido. Lo encontró cerca del cementerio. Cuando la vio fue a su encuentro como si se tratara de una amiga entrañable. Doña Mariana lo contempló un momento con una mirada penetrante y fría, mientras que él corría a echarse a sus pies moviendo alegremente la cola. Por un instante, titubeó, pero resuelta a encontrar descanso, le ofreció un gran filete repleto de veneno para ratas. El perro la miró con ojos tristes, pero enseguida lo engulló de un bocado.

—Se nota que tenías hambre, pobre de ti, si supieras que al final de cuentas te estoy haciendo un favor —murmuró, tratando de justificar su acto.

Regresó rápidamente a su casa para no presenciar el momento, además, tenía mucho que festejar. Su conciencia le molestaba

un poco, pero ya pasaría. Al entrar se preparó una enorme taza de chocolate caliente, se apresuró a su escritorio, dispuesto cómodamente junto a la chimenea, y comenzó a trabajar.

Llegó la noche, la más callada en mucho tiempo, se podía escuchar el crujir de la vieja madera y las hojas golpeando suavemente al desprenderse de los árboles, los vidrios del ventanal por el que miraba con insistencia en busca del invasor; no obstante, no había rastros de él, solo el silencio que ahora molestaba más que su odiado enemigo.

«La luna había menguado en honor a su ausencia, uniéndose así al dolor que le causaba su partida, ¿qué habrá sido del perro...?»

—Pero ¿qué estoy escribiendo? Maldito animal, deja ya de meterte en mis pensamientos, en mi vida. No puede ser, voy a cerciorarme de que por fin te fuiste al infierno —vociferó.

Exasperada, tomó una linterna y salió de la casa en busca del perro blanco, aquel que convirtiera sus días de luz en una angustiante oscuridad. Caminó rumbo al panteón, al mismo lugar de la última vez que lo viera, ahí donde ella le pagara sus muestras de cariño con un trozo de carne envenenado. De pronto, algo se movió sobre unas lápidas, a unos metros de ella.

—Con que no te moriste, ¿qué clase de perro eres? Por Dios, ¿qué es...?

Frente a los ojos de doña Mariana, espeluznantes sombras brotaron de entre las tumbas del camposanto, ánimas furiosas, atormentadas,

que se dirigían hacia ella. Desencajada, corrió lo más rápido que pudo a su casa. Parada en mitad del recibidor, respirando a duras penas, no daba crédito a lo que estaba sucediendo.

Por fin, subió las escaleras buscando un lugar seguro y se encerró en su habitación. Hecha bolita dentro del armario escuchó golpear su puerta con temible fuerza, y un horrible lamento hirió el silencio tan anhelado. En medio del pánico, por su cabeza delirante, pasaron un cúmulo de imágenes, sus ojos se abrieron tanto que por un momento pareció que se saldrían de sus cuencas.

—El perro blanco, el perro blanco —balbuceó.

Ya lo conocía, su esposo le contó alguna vez sobre un perro blanco que en ocasiones lo seguía cuando iba al parque: «No se aparta de mi lado un segundo, me encamina y se marcha hasta que entro a casa». También recordó que durante su funeral apareció de nuevo, echado junto a la tumba de su marido, y como un fiel guardián, no permitió a nadie acercarse, solo a ella.

Doña Mariana lo comprendió todo. Los golpes y los lamentos de aquellas sombras espectrales eran cada vez más fuertes, en cualquier momento entrarían por ella. Con el miedo metido en los huesos, dejó su escondite, tomó papel y pluma de la mesita de noche y se apuró a garabatear una nota:

La gente tenía razón... Ya vienen... puedo escucharlas gemir, esto es espantoso. ¿Cómo he sido tan ciega? Los llamé supersticiosos, y en mi obsesivo intento por conservar la ansiada tranquilidad, me deshice del guardián que velaba por ella, que me resguardaba de esta

terrible hora... Debo pagar el precio. Ojalá pueda reunirme con mi esposo y pedir perdón al noble espíritu que intentó protegerme y que yo... Pobre de mí.

A la mañana siguiente, el ama de llaves la encontró muerta en la habitación. El médico del pueblo explicó que la causa de su fallecimiento se debió a un infarto.

—Y cómo no —había dicho tomando la nota de doña Mariana—, si escribe historias como esta.

El día de su funeral, al caer la tarde, un enorme perro negro se acomodó sobre su tumba y no hubo poder humano que lo hiciera moverse de ahí.

LA MUERTE A VECES SE EQUIVOCA

Te evoco: sientes el aire helado de la noche, abrochas tu chaqueta y acomodas la pashmina que rodea tu cuello. Las luces se reflejan en el lago que por unas horas deja de ser oscuro para convertirse en un enorme espejo; alzas la mirada y observas el paisaje: los pescadores con inmensas redes, cuales alas gigantescas de mariposas, tejidas con filamentos de seda, se mueven al compás del remo y van surcando el agua con armónica belleza, dando la impresión de una danza acuática; las lanchas ataviadas con flores, deliciosos platillos, rehiletes, calaveritas de dulce, cañas, mezcal, pan y candelas; lo disfrutas, pero sé que no del todo.

El viento no deja de soplar, la luna plena y radiante te da la bienvenida, sus hilos plateados te acarician la melena colocha y, con los ojos cerrados, correspondes al roce, abandonándote en la deliciosa sensación. En la madrugada, con el tañer de las campanas, los rezos y las fogatas, las figuras humanas parecen seres fantasmales, pero tú nunca has sentido ese miedo, tu temor es otro y es, al mismo tiempo, una de las causas de mi desconcierto. Cuando tu vela se encendió y vi su llama, comprendí lo que albergarías: tus ojos nunca me mirarían como lo hacen los demás. Tu flama ardería a voluntad.

El islote de Janitzio, casi a la media noche, está lleno de color y algarabía, respiras profundamente y dejas que el olor a cempasúchil, crisantemos, nubes, terciopelo, claveles, mano de león e incienso te invada; la música y los cantos de los que esperan acompaña tu camino hacia el panteón. La noche se convierte en día y el día se ha trocado en fiesta. Como siempre para mí, la invitada de honor eres tú. Inevitablemente el portal está por abrirse, y entonces nosotras...

¿Habrá llegado la hora?

Hoy, como cada primer día de noviembre, me encuentro en Janitzio; el viaje es largo, pero eso es lo de menos. Dentro de poco los muertos estarán de visita: unos volverán vestidos con sus trajes de mariachi, otros con sus overoles de mecánico, uniformes de bombero, de policía, estudiante, ladrón, futbolista, estilista, borracho, músico o ama de casa; habrá quienes luzcan sus galas de domingo o el más improvisado de los atuendos, y no faltarán los que arriben envueltos en girones y con una herida letal, sempiterna. En todos ellos se ha detenido el tiempo, la imagen que perdura es la última del día de su partida.

Vengo en pos de una verdad, de una respuesta distinta a la pregunta que, desde que tengo uso de razón, busca florecer en mi interior: ¿la Muerte a veces se equivoca? Estoy cansada de escuchar los mismos argumentos: que si la voluntad de Dios, que si todo pasa por algo, que si la ley de la vida, que si era su destino, que si «inescrutables son los designios del Señor», que si la misericordia de la Muerte, que si solo muriendo tendrás mejor vida, que si deberás aprender algo del dolor, que si «ay, Mariana, cómo se te ocurren esas cosas».

Ninguno de estos argumentos escapa de la injusticia que se comete. Algo dentro de mí me dice que la anhelada respuesta se encuentra aquí, en este alucinante lugar, donde no logro ver con claridad los límites de mi realidad y los de la Muerte por más que abro los ojos y dejo arder, cautelosa, el fuego de mi corazón. No obstante, a veces tengo la certeza que me observa desde su soledad concurrida y oscura.

Aquí estoy una vez más, todo se encuentra dispuesto: el conjuro mágico de los sonoros bronces ha iniciado inmemorial, las ánimas cruzan y con nuestros muertos también llega «Su Majestad», La Muerte. Baja y departe con nosotros, nos hace creer, tan simple, llana, etérea, que sus huesos y su sonrisa están en nuestro regazo. Los vivos, como espectrales figuras, arriban silenciosos buscando las tumbas de sus deudos. Negras siluetas, llenas de amor, aparecen por doquier; piadosas, cortan flores, ofrecen dulces, consagran los alimentos que tanto deleitaron en vida a sus difuntos. Erigen un altar sobre el sepulcro; resignadas y llorosas contemplan las llamas-almas de los cirios mientras cantan oraciones. Del camposanto, otrora sombrío, no queda más que el luto, ahora iluminado parece una ardiente pavesa, un espejismo en llamas. El portal está por abrirse y entonces yo... ¿Habré llegado a la hora?

Apenas puedo caminar entre tanta gente, mi alma en comunión también se incendia, el temor disminuye; los cirios, las veladoras, las antorchas avivan su fuego a mi paso. Invariablemente te llamo:

—¿Dónde te encuentras, «Su Potestad»? ¿También ahora permanecerás escondida al amparo de una fiesta inmerecida? ¿Hasta cuándo, con el mismo aplomo con que segas vidas que no lo merecen, me darás la cara? No te temo con el miedo de los demás, mi recelo es otro, pero eso sobradamente lo sabes. ¿La muerte misericordiosa?, por este valle te paseas a tus anchas, no corras tanto que de tarde en tarde te equivocas; le has quitado la vida a una madre que sola trabaja y has dejado ávidas muchas bocas pequeñas; recoges a los buenos y de los malos no te acuerdas, esos que producen tanto dolor, miseria y pobreza; te llevas a los primeros amarrados con cuerdas y los otros quedan sin dolor, sin hambre, sin

tristeza; en estos tiempos que vivimos, mil caras tienes, nunca habías tenido tantos disfraces para llevarnos a tu morada y despojarnos de la sonrisa.

»¿Qué me dices de esta celebración autoimpuesta para conseguir la adoración que te profesan? Ellos te rinden homenaje porque temen que nunca más abras el portal y sus hijos, sus madres, hermanos, abuelos, amigos, esposos, jamás puedan regresar. Cada ofrenda colocada en los sepulcros representa la esperanza de conseguir tu respeto. Mira a tu alrededor, la verdadera razón de esta fiesta no son los muertos, sino tú, todo esto no es más que un espejismo que encubre la oscuridad en que vivimos por causa tuya. Mira a todas estas personas, ellas...

—Buenas noches, ¿tú eres...?

—¡Por Dios, señora, qué susto me ha dado! ¿Acaso quiere matarme de un infarto?

—Discúlpame, por favor, esa manía mía de llegar sin hacer ruido, pero qué le voy a hacer, es parte de mi naturaleza.

—No se preocupe, al contrario, discúlpeme usted por gritarle, estaba distraída observando lo que sucede aquí, pensando que la muerte a veces se equivoca, ¿no lo cree así? Por cierto, qué lindo y adecuado atuendo trae puesto.

—Gracias. Oh, ¿de verdad se nota tanto? Estoy muy preocupada y no sé qué hacer, el exceso de trabajo está acabando conmigo, extraño aquellas épocas en las que podía gozar de extensos periodos

de descanso; en cambio, de un largo tiempo a la fecha, no me dan tregua. Me siento avergonzada, ahora tengo que preguntar el nombre primero antes de... Y ya sabes, la gente en ocasiones no suele ser honesta y no me queda más que confiar en ellas.

»A decir verdad, con eso del libre albedrío, ustedes no lo tienen fácil, y eso de vivir en su cabeza no les deja nada bueno, para todo quieren una explicación, no comprenden que existen situaciones, circunstancias, cosas que solo el corazón aprecia y entiende. Una de ellas soy yo. A propósito, ¿tú eres Mariana, no es así?, desde hace tiempo nos andamos buscando. Pues bien, al fin ha llegado la hora.

—Sí... no... yo... Lo siento de verdad... pero no lo soy.

—¿Segura que no? Mmm, afirmarí­a que sí, pero bajo las circunstancias en las que estoy...

—Como usted lo mencionó, corren tiempos duros y lo estamos pasando mal, no me haga dudar también sobre mi identidad, por favor...

—¿También?, ¿pues de qué otras cosas dudas?

—De nada, de nada, fue solo un decir...

—Lástima, me hubiera gustado que fueras la Mariana que yo conozco desde que su vela se encendió. No te aflijas más, ya volviste a serlo, solo baja de tu cabeza y apaga tus ojos. La hoguera que ahora, palpitante, incendia tu pecho, no habrá de extinguirse jamás.

LA PRISIÓN DE MI CASA

El calor, la lluvia, el sonido insoportable de las bocinas de los autos, los olores de comida, el humo del combustible, las voces chillonas de las señoras, todo afuera es espantoso. Por eso las puertas y ventanas de mi departamento están siempre cerradas.

Cuando ocurrió, nadie sospechó, mis gritos quedaron cautivos en la prisión de mi casa. Luego, debido al olor fétido de mi cadáver, alguien dio aviso a la policía.

Al final ya nada me molesta, ningún ruido socava mis sentidos. Encerrado mi cuerpo, cobijado por el satín del ataúd, descansa en la eternidad.

DE LAS REVELACIONES

MIGRAÑA

La migraña llegó y se estacionó del lado izquierdo. La cabeza pulsaba como un segundo corazón y el oído, de tanto dolor, ardía. Mariana, echada en su cama, oía sin atención una lista de reproducción de éxitos en español que había puesto en su laptop, para ver qué tal. Los médicos le decían que su migraña era algo extraña —será que las cosas se parecen a sus dueños— ya que no había destellos amarillos, ni náuseas, ni intolerancia al ruido y la luz; quizá por eso era tan intensa, como buscando reafirmarse. También su medicamento lo era, así que no debía abusar.

Con los ojos cerrados practicaba ejercicios de respiración aprendidos en sus tiempos de yoga y que le ayudaban a tranquilizar un poco la horrenda molestia.

—A ver —se decía mentalmente— respira despacio, profundamente y exhala por la nariz en ocho tiempos, hasta que tu respiración te marque solita la pauta. Trata de no pensar en nada, si llega una imagen, sonido, color o aroma, déjalo ir.

Por lo regular cada vez que hacía esto escogía una lista musical adecuada para la sesión, sin embargo, esta vez lo había pasado por alto, atarantada por la terrible molestia, y dejó correr la que ya sonaba a un volumen mínimo.

Mariana se acomodó boca arriba e inició su meditación en espera de aplacar un poco el suplicio o tratar de dormir. Mente, la mente en blanco, en blanco, así, uno, dos, tres, inhala, exhala...

Cuando estaba a punto de lograr la máxima concentración, escuchó como entre sueños una voz que parecía venir de todas partes y a la vez de ninguna: «Que alguien te espera y te vas, cómo quisiera ser más como ella...».

—¿Qué? Oh, ¿acaso estás tratando de enviarme un mensaje, Gran Fuente de Luz? No, no, no pierdas la concentración para que puedas entender, respira... —pensó un tanto agitada y sin abrir los ojos.

Y de nuevo resonaron las palabras: «Mientes tan bien, que me sabe a verdad todo lo que me das y ya te estoy amando...».

—¡Fuente primigenia de luz, no logro entenderte, sé más clara con esta imperfecta aprendiz! —imploró, sintiéndose llegar al Nirvana— Vamos, concéntrate, inhala en ocho, exhala en ocho..., pero en realidad respiraba en dos y sacaba el aire en uno.

Y el colmo de la divina Gran Fuente de Luz fue: «Tú eras mi perro fiel, yo era tu guía...».

—¿Cómo?, ¿qué cosa? ¡No puede ser! —dijo la exaltada chica, dando un grito.

Abrió los ojos y se sentó de golpe. El dolor había cedido un poco, pero por la brusquedad del impulso sintió la habitación girar, la tarde había caído y se hallaba en penumbras. Angustiada, empezó a preguntarse en voz alta:

—¿Por qué estoy escuchando esas cosas tan heteronormadas y

patriarcales? —términos que aprendiera de su amigo Christian Ortiz, partidario del feminismo— ¿En verdad es la Fuente de Luz quien me ha hablado?, ¿o no? Tal vez el dolor me está haciendo escuchar a mis fantasmas más temidos para martirizarme y hacerme ver los errores cometidos. ¡Ay, mi cabeza!... ¡Las pastillas! Pues cómo no, si me tomé cuatro de un golpe y... «el problema no es que duela, el problema es que me gusta...».

Mariana se quedó en silencio, con el alma en un hilo, había escuchado de nuevo la voz y ahora en sus cinco sentidos, bueno, casi.

—¿Estoy escuchando a Arjona? —exclamó casi al borde del paroxismo—. Definitivamente me he vuelto loca.

Aturdida, llena de desesperación y medicamento, busca a ciegas en la cama su celular para iluminar la habitación. Debido al manoteo, golpea sin querer la laptop que deja el ahorro de energía para encender su pantalla y todo se llena de luz color cine. «... Cómo encontrarle una pestaña a lo que nunca tuvo ojos...», sigue resonando la voz de la «Gran Fuente de Luz».

Encandilada, observa la computadora con desconcierto, tratando de comprender lo que sucedía.

—De modo que ni el Nirvana ni la Gran Fuente de Luz, solo una espantosa lista de reproducción de Spotify, y yo que creí...

En pocos minutos, su encuentro con los seres divinos se convirtió en una desilusión punzante, mayor que su migraña.

UN OBJETO DE CARIDAD

Sábado por la mañana, los rayos del sol que entran por la ventana llegan directo a la cama donde aún descansa y le entibian el cuerpo; el frío del otoño se comienza a sentir. La llamada familiar le ha dejado un mal sabor de boca, reclamos sobre su poco involucramiento: «Casi nunca te reportas ni acudes a las reuniones, no sabemos si vives o mueres». A decir verdad, con los amigos le pasa lo mismo. Mariana dice que no existe nada mejor que la soledad.

Se levanta a preparar el café, remedio infalible que todo lo cura; escucha el golpe de algo que cae en el piso de la cochera, de nuevo el repartidor del periódico se ha equivocado. Sale a levantarlo, nunca le ha gustado leerlo, lo considera angustiante y tendencioso, pero tiene tanto de no hacerlo que la curiosidad la invita.

—Mmm, qué rico me quedó. Veamos...

Los Ángeles, California. Apoltronada en un sillón, frente al televisor encendido y rodeada de regalos de Navidad encontraron a Miranda Rivas Sánchez, tres años después de haber muerto. Nadie notó su ausencia.

Quién imaginaría el desenlace de la historia de la pequeña Miranda cuando arribó a este mundo, un 18 de noviembre de 1985, en Chihuahua, Chih. Sus padres habían decidido emigrar a los Estados Unidos buscando un mejor futuro para sus hijos, pero la sorpresiva muerte de la madre, cuando la niña tenía apenas doce años, truncó los planes de la familia.

Educada por sus cuatro hermanas mayores, la chica mantuvo una relación distante con su padre, que a la postre sería el molde para sus relaciones sociales.

Al paso del tiempo obtuvo un grado universitario en Administración de Empresas e inició su peregrinar laboral: trabajó en una firma de abogados, en una compañía dedicada al área de la contabilidad, en un negocio de compra y venta de autos, en un banco, en una constructora. De todos ellos intempestivamente renunció.

Iniciadas las investigaciones, se encontró que Miranda había sido víctima de violencia intrafamiliar, y en abril de 2008 decidió ir a vivir a un albergue auspiciado por el sistema. En esa época el distanciamiento con su padre se hizo más que evidente, al igual que con sus hermanas, posiblemente por los problemas que mantenía con su pareja de ese momento. Dos años más tarde se mudó a su propio departamento, donde todo parecía ir mejorando.

Rivas Sánchez murió de causas desconocidas en diciembre de 2014. De acuerdo con el patólogo, un ataque de asma o complicaciones relacionadas con su reciente úlcera péptica pudieron ser las causas de muerte; sus restos estaban momificados y se encontraron boca arriba, al lado de una bolsa de compras, rodeados de regalos para Navidad que ella había envuelto, pero nunca enviado. No se sabe para quién habían sido destinados.

Los vecinos asumieron que el departamento estaba desocupado, y que el olor a putrefacción se atribuía a varios contenedores de basura y desechos. Las cortinas de las ventanas no permitían ver directamente a la habitación. Drogadictos frecuentaban el área, lo que puede explicar por qué a nadie le llamó la atención el ruido constante de la televisión. La mitad de su renta era pagada automáticamente por las agencias de beneficencia, lo que hizo creer a los acreedores que ella aún vivía. Sin embargo, más de dos años de media renta sin pagar, llevó al departamento de cobranza a decidir embargar la propiedad. Su cadáver fue encontrado el pasado 4 de diciembre de 2017, cuando los agentes de la policía irrumpieron en el lugar. El televisor y la calefacción aún funcionaban gracias al pago automático en débito y condonación.

Un vocero del gobierno declaró que debido a que las agencias de beneficencia cubrieron los costos de renta por un periodo después de la muerte de Rivas, los atrasos no se habían advertido hasta mucho después. Dijo también que ninguna preocupación manifestaron los vecinos durante los tres años entre el deceso y el descubrimiento del cuerpo.

Dadas las circunstancias, el forense decidió dictaminar muerte por causas naturales, ya que no había nada para sugerir asesinato: la puerta del frente tenía doble seguro y no había señal de que alguien hubiera entrado. Según las pesquisas, al momento de su muerte ella tenía novio, pero la policía no pudo localizarlo. Tiempo atrás, sus hermanas contrataron un detective privado para buscarla; estos intentos fueron inútiles. Dicho detective encontró la casa donde Rivas vivía y los familiares le escribieron cartas, pero como en ese momento ya había fallecido, no recibieron respuesta, asumieron que había roto lazos de manera deliberada.

Quiénes conocían a la occisa la percibían como alguien que solía eludir los problemas, que frecuentemente prefería renunciar al trabajo que enfrentar algún conflicto. Comentaron también que no respondía a las llamadas telefónicas de sus hermanas, no tenía su propio círculo social y prefería la compañía de extraños que venían con la etiqueta de un nuevo novio, un colega o una compañera de cuarto.

Quizá este estilo de vida impidió que alguien se percatara a tiempo de su condición y evitara que durante tres años su cuerpo quedara en su departamento, insepulto, ante la indiferencia de un sistema para el que Miranda era simplemente un número o un objeto de caridad.

Los restos fueron trasladados a...

Por la espina dorsal de Mariana, helado, oscuro y seguro de sí mismo, se deslizó un augurio.

DENTRO DE MI CABEZA

El trabajo nos evita problemas, ya que cuando dejamos de hacerlo, nuestras manos se vuelven perezosas y nuestra mente deja de estar activa, entonces los fantasmas la convierten en su patio de juegos favorito.

Al principio, el ocio puede parecer necesario, con sus problemas y diversiones. Todos necesitamos tiempo libre para pensar en otra cosa que no sea el trabajo, aunque en ocasiones signifique reflexionar sobre algo que suene un poco aterrador. Apartarse de él es la única forma de hallar perspectiva, y cuando logramos tenerla, recordamos dónde deben estar nuestras manos y cambiamos.

Aunque con frecuencia decimos que «la gente no cambia», los científicos enloquecen porque esto es literalmente lo único constante en toda la ciencia. La energía, la materia siempre están transformándose, fusionándose, creciendo, muriendo; lo que no es natural es la resistencia de las personas a él, la forma en la que nos aferramos a cómo eran antes las cosas, en lugar de dejarlas ser. Vivimos apegados a recuerdos en lugar de crear nuevos.

Tampoco lo es la manera en que insistimos en creer, a pesar de todas las indicaciones científicas, que todo en esta vida es permanente; el cambio es constante y la experiencia depende de nosotros, se puede sentir como la muerte o como una segunda oportunidad. Abrir los dedos, soltar lo que presionamos y dejamos ir es adrenalina pura, ya que en cualquier momento podríamos nacer de nuevo.

Pero qué estoy pensando, a mí ni me gustan los cambios. Cuando

una célula normal se convierte en algo maligno, se le llama metamorfosis celular, según leí la otra vez; las células se vuelven tóxicas justo frente a nuestros ojos, así que en lo que a mí concierne, la transformación es terrible, no todos pueden manejarlo, llega así sorpresivamente.

Las cosas no son lo que eran antes, nos damos cuenta de que el suelo bajo nuestros pies se ha movido, todo es incierto y no hay marcha atrás, el mundo que nos rodea ahora es diferente, está irreconocible y no hay nada que hacer al respecto, quedamos expuestos, el futuro nos mira de frente y no estamos seguros de que nos guste lo que vemos.

Duele, los cambios duelen. Hay sensaciones que se rehúsan a desaparecer, son pequeñas distracciones que murmuran en nuestros oídos, algunas penetran nuestra piel y por mucho que queramos, no podemos hacer a un lado nuestros instintos. Por eso dicen: «siempre sigue tu intuición».

La intuición... No estoy segura de creerle: ¿pueden dos personas haber nacido para amarse?, ¿ser almas gemelas? Sería lindo que fuera verdad, que todos esperamos a alguien y ese alguien aguarda por nosotros.

¿Por qué no creerlo? En realidad, ¿quién no quiere romance en su vida? Estar ahí y ser el uno para el otro, sin temor alguno de equivocarse.

Mmmh, sueño, creo que sería muy difícil, porque según aquel documental, existen diferentes características entre el cerebro

femenino y masculino, los cerebros femeninos tienen un hipocampo más grande, lo que generalmente les confiere mejor retención y memoria. Los cerebros masculinos tienen una corteza parietal más grande que ayuda a defenderse de un ataque; enfrentan los desafíos de forma diferente a los femeninos. Las mujeres están condicionadas para comunicarse a través del lenguaje, los detalles, la empatía; los hombres, no tanto. No significa que sean menos capaces de sentir emociones, pueden hablar de sus sentimientos, es solo que, la mayor parte del tiempo, prefieren no hacerlo.

«Sé hombre», la gente lo dice todo el tiempo, pero ¿qué significa eso?, ¿se trata de fuerza, de sacrificio o de ganar?, tal vez sea más simple que eso: se debe saber cuándo hacerse a un lado. A veces se requiere que un hombre verdadero haga a un lado su ego, admita su error y simplemente empiece de nuevo.

Porque la vida es un regalo, hay que aceptarlo, no importa lo desordenada o dolorosa que parezca ser. Algunas cosas van a resolverse como si eso estuviera destinado a suceder, como si el mundo no pareciera ser al azar.

Pero ¿qué tal si algo que dijera o no hiciera provocara que todo se derrumbara? Y, ¿si hubiera tomado otras decisiones y elegido a otras personas? O mi educación fuera de otra forma. Tal vez Verna y yo no nos habríamos encontrado. ¿Si mi madre no se hubiera enfermado? ¿Si yo hubiera tenido un buen padre? Y si... y si...

Ni al caso, los investigadores actualmente trabajan para hacer un mapa del cerebro humano. Tal vez sea el mapa más complejo jamás creado, miles de millones de neuronas haciendo billones de

conexiones. A primera vista parecen ser completamente aleatorias, pero no hay nada aleatorio en ellas, todas esas conexiones tienen que darse en un patrón específico, diseñado para una función; esas conexiones determinan todo en nosotros: lo que amamos, lo que odiamos, lo que decimos, lo que hacemos.

Estamos empezando a aprender lo que hacen las conexiones cerebrales, hasta dónde llegan y qué tan profundas son, pero sabemos que cada conexión importa, cada conexión es crucial y cuando una se rompe generalmente significa que se ha causado un daño. Este sistema de conexiones nos obliga a actuar, elegir y comportarnos, a veces, al parecer, contra nuestra voluntad, pero no es aleatorio en lo absoluto, es el mapa de quiénes somos, cómo funcionan nuestras conexiones y cómo todas las piezas encajan. Si esto llega a suceder, solo algunos tendrían acceso a conocer su mapa cerebral, lamentablemente.

Los lamentos... ¿Cuáles son las cosas que lamentamos? Una endodancia, una auditoría del fisco, café derramado sobre nuestra ropa. Cuando sucede algo realmente terrible, le suplicamos a un Dios en el que no creemos que nos devuelva los pequeños horrores y se lleve esto. Ahora parece insignificante, ¿no es así? La inundación en la cocina, la hiedra venenosa, la pelea que nos deja temblando de ira. ¿Habría ayudado si hubiéramos sabido lo que iba a pasar?, ¿nos daríamos cuenta de que eran los mejores momentos de nuestra vida?

La vida... Todos hemos oído esas palabras: reducir, optimizar, integrar, adaptar, a diario se inventa una nueva estrategia, herramienta o tecnología para aumentar nuestra eficiencia, la idea

es facilitarnos la vida, pero la duda es: ¿lo hace? Creo que...

—¡Mariana!, ¿de nuevo metida en tu cabeza?

—¡Ay, me asustaste!, no te sentí llegar.

—Ya lo sé. Se escucha hasta la calle el ruido de los engranes de tu cerebro dar vueltas y vueltas. Salte ya de ahí, anda vamos a caminar, tengo que contarte el chisme de hoy.

REMITENTE

Desde mi recámara escuché el silbato del cartero y con el corazón a todo vapor corrí a su encuentro.

—Hola, Mariana, déjame decirte que (al menos en esta colonia) eres la única que aún envía y recibe correspondencia.

—Hola, Martín, ¿de verdad? La mayoría de la gente prefiere la rapidez de las redes sociales o el correo electrónico, quizá tengan razón, pero creo que es incomparable la sensación que produce el sonido de tu silbato, preámbulo para que la imaginación y las sensaciones despierten; además, cada carta no solo contiene palabras, al abrir el sobre, tocar y oler las hojas, te das cuenta de que un pedacito de la otra persona la ha acompañado en el viaje.

—Estoy de acuerdo contigo. Que disfrutes tú carta, hasta luego.

—Hasta luego, Martín, gracias.

Reconocí tu letra de inmediato y no pude evitar sonreír; sabía que no tendría remitente, «así no podrás contestarme», escribiste. Un día te conoceré y responderé en persona. No sé cómo te las arreglas para enviarlas así y, la verdad, no me animo a preguntar; tampoco entiendo por qué lo haces, no sé quién eres, quizá te equivocaste de chica, de dirección; lo lamento por ella, lo celebro por mí.

Me senté en la cama para leerla, siempre es una aventura recibir cartas tuyas, es emocionante ver las hojas de papel que albergan tus

palabras, es como enfrentarse a un código secreto escrito por Da Vinci. Tu caligrafía incorregible, pésima y garabateada transmite un inmenso desorden emocional, incluso en algunos fragmentos se vuelve tan intensa que la punta del bolígrafo rasga el papel; no obstante, como un lago cristalino, refleja tu alma:

Llevo mucho tiempo escribiendo mi más grande historia, no sé cuándo la terminaré, si tenga final. Es algo común y extraño a la vez, las personas suelen pensar que al acto de escribir le rodea un halo de magia o de misterio; nada más alejado de la verdad.

Dónde está la magia al buscar un momento de soledad, un abandonado silencio; al prepararse un café, quitarse el día de encima, poner música que avive los sentidos, aferrarse a un partido de solitario en la lap, fumar como desesperado, caminar de un lado a otro; todo, para medio entender por dónde se ha de empezar.

Qué tan mágico puede ser el temor, cada vez más fuerte y enajenante, de abrir el Word y no saber —o quizá sí— lo que se va a encontrar de uno mismo allí dentro. La tarde detrás de la ventana, la noche deshaciendo el azul y el amanecer sorprendiendo mi triste cara de iluso; los coches que se marchan calle abajo, las conversaciones que van, vienen, y el escritor en agonía, en trabajo de parto eterno. No, no la encuentro.

He escrito desde distintas casas, incontables ciudades y países, en diferentes edades; ha entrado tanta gente en mi habitación mientras lo hacía: una madre, un hermano, un amigo, una mujer, un extraño.

Me siento mal cuando tengo que dejar morir a uno de mis personajes en una solitaria habitación de hospital, acorralado por el destino, aunque personalmente no crea en él, o que el amor dure tan poco. A veces, cuando la culpa me agobia,

rescato a alguno de ellos y les doy una vida más pequeña en otro cuento o le hago algunos versos.

La idea de pensar que jamás terminaré mi historia me punza el corazón. He borrado tantas páginas que ya no me decían nada, quizá porque la persona que fui ya no existe más o porque de una a otra me han ocurrido demasiadas cosas.

Cuando reflexiono acerca de los demás, con sus vidas, sus planes, sus muebles y sus casas a plazos, hablando de trabajo, de política o de fútbol, no entiendo cómo pueden vivir sin la escritura, sin la lectura al menos. Los odio cada vez que preguntan: «¿Cuántos ejemplares has vendido?, ¿con qué editorial lo publicaste?, ¿cuánto dinero has ganado?». Suelo sonreír lastimosamente, dar tres o cuatro explicaciones, cambiar de tema, mientras anhelo regresar a mi soledad. Quizás en el fondo no me comprendo y para justificarme los cuestiono, en fin...

He ido de nuevo al parque a caminar mi desesperanza y ahí estaba la chica fotógrafa, ya la había visto en otras ocasiones, y como siempre, me he quedado observándola, solo que esta vez se ha dado cuenta. Supongo que las ojeras de mi cara ceniza le han dado miedo; no supo que me recordó a otra mujer, no se enteró que formaría parte de esta carta. Ocho grados bajo cero y ella allí, sonriente, escribiendo con luz e imagen maravillosas historias, mientras yo, temblando de frío, deseo con toda mi envidia el universo que ven sus ojos, el universo que mora en ella.

Esta vez no dejaste palabras de despedida, temo que ya no recibiré cartas tuyas, qué más da, si me has dado la esperanza de que uno de estos días, en el parque, pueda tomarte una foto y decirte que no, que las ojeras de tu cara no me han dado miedo.

SINDULFA

*Proviene del germánico, latinizado
Sindulfus. Compuesto por sind, «camino»
y wulf, «lobo».*

Sindulfa: *A menudo, las mujeres llamadas así tienen una voz armoniosa. Son bellas y embaucadoras, poseen el arte de restablecer cualquier situación complicada. Son flexibles, adaptables, su espíritu es despierto y astuto, son simpáticas. De niñas son encantadoras; tienen el don de hacerse amar. Receptivas y perspicaces, perciben si hay mala atmósfera familiar y esto les perturba al punto de replegarse sobre sí mismas y escaparse de una u otra forma.*

Su madre, su abuela, su bisabuela, hasta donde le alcanzaba la memoria, todas las matriarcas de su ascendencia llevaban por nombre Sindulfa. De niña, de adolescente, de mujer y de anciana tuvo personalidad de Sindulfa. Si bien, al igual que sus antepasadas, logró con su sonrisa embaucadora casi todo lo que deseó y sus pertenencias la amaron (en especial la colección de lobos de porcelana que adquiriera en sus viajes alrededor del mundo), nunca consiguió dejar de ser omega para convertirse en alfa.

En la pared, a la derecha, arriba de la cabecera de su cama, colgaba una fotografía familiar, la única en la que aparecía su padre: un hombre joven, de mirada antigua y bigote salido del pincel de un pintor renacentista; su madre, de semblante severo y labios apretados, la cargaba en sus brazos; la bebé lucía un ropón de lana blanca que contrastaba con el vestido gris de su mamá y el traje negro de su papá. Al centro de la imagen, en una mesa redonda

con incrustaciones de maderas preciosas, un lobo de porcelana de Lladró observaba con el mismo color de los ojos de las dos Sindulfas y el hombre: las miradas azules.

El día anterior sepultaron a su madre. El rostro amortajado conservaba la dureza en la boca. Al regresar del cementerio y ver en el jardín las jaulas con los canarios disecados, como si se derrumbara la losa de la vetusta mansión, la mujer comprendió que en sus pies hinchados y en su cuerpo arrugado quedaba el último vestigio de la estirpe Sindulfa.

No se quitó el maquillaje. Al pie de la cama, a un lado del tapete de Saltillo, junto a la silla de ruedas, el perchero y los bastones de su madre, se retiró las zapatillas con cuidado. Despertó aún de madrugada, se calzó las zapatillas, se dirigió al cuarto de baño, se retiró las zapatillas, subió su falda, bajó la pantaleta de encajes, subió su pantaleta de encajes, bajó su falda, se calzó las zapatillas. Arrastró los pies por el piso de encino, llegó al tocador de espejo biselado, tomó asiento en la silla de mimbre, se retiró las zapatillas, se calzó las zapatillas, encendió la luz de la lámpara de bronce, se retiró las zapatillas, levantó la vista, en el espejo no estaba su mirada agrietada, se reflejaba la de una bebé con ropón de lana y ojos azules; se retiró las zapatillas.

El primer rayo de sol se asomó por la ventana de caoba, alzó la mirada, en el reflejo no estaba la bebé, sino una niña de mirada de lobo y caireles grises. Bajó la mirada, el día maduró, alzó la mirada, en el espejo vio a la Sindulfa de treinta años, erguida; bajó la mirada, alzó la mirada, el día declinó, la sombra de la tarde oscureció su aposento, en el espejo se vio a la Sindulfa de pelo entrecano y ojeras

prematuras; bajó la mirada, alzó la mirada, en la habitación reinó la oscuridad de la noche y encontró a dos ancianas.

Tuvo cuidado de que la silla de ruedas, los bastones, el tapete de Saltillo, el perchero y las jaulas con los canarios disecados estuvieran ordenados, vio su cama intacta, la puerta abierta del baño y la luz moribunda de la lámpara de bronce. Se retiró las zapatillas, las colocó en la entrada, fue a la cocina, abrió las llaves del gas, regresó a su recámara, se calzó las zapatillas, se sentó en el borde de la cama, se retiró las zapatillas, dejó encendidas las luces del cuarto de baño y de la lámpara de bronce; del buró tomó la caja de cerillos, cerró los ojos, dejó que la noche se recrudesciera y, cuando la madrugada se adueñó del silencio, encendió un cerillo con el que...

Nota de prensa: Ciudad de Chihuahua. Terrible explosión sacude el centro de la ciudad. Cuando los bomberos apartaron los escombros de la finca Sindulfas, únicamente encontraron el cadáver calcinado de un lobo gris.



www.pech.icm.gob.mx

2020

Este libro se terminó de imprimir en el año 2021

Consta de un tiraje de 500 ejemplares

Impreso y hecho en México en
Litográfica IMAP, S. A. de C. V.

Av. Octavio Paz No. 185
Complejo Industrial Chihuahua
Chihuahua, Chih.
Tel. (614) 481-01-55

www.imapcolor.com



PRIMERA EDICIÓN

AÑO 2020-2021

PROGRAMA
EDITORIAL
CHIHUAHUA

Cuatro habitaciones de Mariana

ARELÍ CHAVIRA

Este libro de relatos es un reflejo vivaz de las mujeres en el siglo XXI en el norte de México. Aunque la protagonista principal es Mariana, en una estructura narrativa que tiene trazos de novela, cada cuento es independiente y tiene su propia unidad.

La historia muestra la ventura pública, la literatura, la vida privada de cada época: quien lea esta obra sentirá de cerca las acciones y los sentimientos de un personaje, a quien en cualquier momento podríamos encontrar a la vuelta de la esquina.

